

O. HALLESBY

**EL BAUTISMO
Y
LA CONVERSIÓN**

**TRATADO SOBRE LA RELACIÓN QUE EXISTE ENTRE
LA REGERACIÓN EN EL BAUTISMO DE NIÑOS,
EL DESPERTAR Y LA CONVERSIÓN**

INDICE

- Capítulo I La dádiva bautismal de la salvación
- Capítulo II El Bautismo en la infancia
- Capítulo III La vida inconsciente
- Capítulo IV El Bautismo y la Palabra
1. En la niñez inconsciente
 2. En el período consciente de la niñez
 3. En el período de la transición
 4. En su relación con la conversión del apóstata
- Capítulo V Su importancia en la predicación
- Apéndice ¿Cómo se debe bautizar?
Rvdo. Viesturs Pavasars, M. Th.

Cinco conferencias dictadas por el Dr. O. Hallesby,
Profesor del Seminario Teológico Independiente, Oslo Noruega,
En el Seminario Augsburg, Minneapolis, Minnesota, EE.UU.
En el año 1923

Publicada por la Misión Evangélica Luterana en Colombia – 1952
Segunda Edición – CONEXTENSIÓN – 1994

EL BAUTISMO Y LA CONVERSIÓN

O. Hallesby

Introducción

La relación que existe entre la regeneración por el Bautismo por una parte, y el despertamiento y la conversión, por otra, es un problema que ha producido grandes dificultades a través de la historia de la Iglesia. Esto es muy evidente en la predicación. Hay predicación que tiene en cuenta la gracia bautismal y la menciona frecuente y fervientemente, pero raramente se refiere al despertamiento y la conversión. No es porque les rechace, sino porque es incapaz de encontrar relación orgánica alguna entre ellas y la gracia bautismal.

De la misma manera, hay otra clase de predicación que habla del despertamiento y la conversión, pero nunca menciona el Bautismo, no porque niegue su efecto regenerador, sino porque no puede hallar un lugar para él en relación con el despertamiento y la conversión.

Cualquiera que esté más o menos bien informado podrá percatarse de cuánta predicación de ambas clases podemos oír en nuestros días. Ambas clases de predicación perjudicarán igualmente el entendimiento del evangelio al suprimir tan importantes aspectos de su verdad salvadora. Por tanto, es de importancia capital tanto para la predicación como para el cuidado de las almas, el situar, tanto al despertamiento como a la conversión, en su verdadera relación con la gracia bautismal. Esta importancia se hará sentir tanto al tratar con el niño temeroso de Dios que ha permanecido en la gracia bautismal, como con el apóstata que al despertar de nuevo es guiado a la conversión.

Al iniciar su estudio del libro “El Bautismo y la Conversión”, analice su ministerio para ver si Ud. Hace más énfasis en el Bautismo y su efecto regenerador en sus prédicas o, más bien, enfatiza más el arrepentimiento y la conversión y rara vez habla de la gracia bautismal. Escriba su reflexión y análisis en el cuaderno.

I. Capítulo

LA DÁDIVA BAUTISMAL DE LA SALVACIÓN

Como nuestro estudio trata de la relación que existe entre la regeneración en el bautismo de párvulos por una parte, y el despertamiento y la conversión por otra, tomaremos como pauta inicial el bautismo del niño, pero antes de que comencemos a hablar acerca del

bautismo de párvulos debemos determinar, brevemente, lo que nos dicen las Escrituras acerca de la dádiva de salvación que el Señor ha vinculado con éste.

Comenzamos citando las palabras con las que fue instituido el Bautismo por el Señor (Mateo 28:19-20): **“Id a hacéd discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo: enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado”**.

Estas palabras nos muestran en primer lugar, que el Señor habla aquí de un nuevo Bautismo, diferente del bautismo de Juan, con el cual Él mismo había sido bautizado y que Él había utilizado al principio de su ministerio (Juan 3:22 y 4:2). Juan mismo dice al respecto: **“Yo a la verdad os bautizo en agua para arrepentimiento; mientras el que viene tras mí, más poderosos es que yo; los zapatos del cual yo no soy dignos de llevar; él os bautizará en Espíritu Santo y en fuego”** (Mateo 3:11). Y ahora Jesús, después de su resurrección, instituye el Bautismo que Juan había profetizado, el Bautismo por medio del cual da en su plenitud aquello que el bautismo de Juan introducía.

Fue de este modo también como los apóstoles entendieron este mandato de Jesús. Comprendieron que este nuevo Bautismo del cual Él habla, es diferente del bautismo de Juan. Esto se percibe mejor en el relato de Hechos 19:1-5, donde Pablo, al encontrarse con algunos de los discípulos de Juan en Éfeso, les pregunta si habían recibido el Espíritu Santo después de haber creído. A esto ellos le contestan: “No, antes ni aún hemos oído si hay Espíritu Santo”. “¿En qué, pues, sois bautizados?”, les pregunta Pablo, y ellos le contestan: “En el bautismo de Juan”. Entonces Pablo los bautizó en el nombre del Señor Jesús.

En segundo lugar, estas palabras de Jesús nos enseñan que el Bautismo es el medio por el cual nos hacemos sus discípulos, entendiéndose por tales a los participantes y recipientes de la dádiva de salvación del Mesías. Juan ya había profetizado que la gran dádiva de salvación del Mesías es el Espíritu: **“Él os bautizará en Espíritu Santo y en fuego”**. Con estas palabras de la Gran Comisión el Señor ordena que el acto del Bautismo sea el medio externo por el cual los hombres vengan a ser partícipes de la salvación mesiánica.

En tercer lugar, la expresión **“bautizar en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo”**, muestra la dádiva de salvación ligada con el Bautismo es la participación en la plena revelación de la salvación perfeccionada en nuestro mundo por el Dios Trino. Esto significa que en el Bautismo el hombre viene a hacerse partícipe de toda la gracia salvadora que Dios ha puesto a su alcance.

¿Hemos comprendido bien las palabras de Jesús al interpretarlas de este modo?

Podemos comprobarlo fácilmente determinando como entendieron los apóstoles el mandato bautismal de Jesús, ya que ellos fueron provistos por el Señor con gracia divina para entenderle correctamente y para interpretar sus declaraciones en forma perfecta en cada uno de sus puntos. Desde luego, esto se aplica también a sus palabras referentes al Bautismo.

Veamos ahora cómo se expresan los apóstoles en lo referente a la dádiva de salvación que está ligada con el acto externo de bautizar con agua. En este breve estudio no examinaremos todas las declaraciones apostólicas referentes al Bautismo, sólo consideraremos las más características.

Notemos que los autores del Nuevo Testamento unánimemente relacionan la dádiva del *perdón de los pecados* con el Bautismo. Pedro dice: **“Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de pecados”** (Hechos 2:38). Ananías dice a Pablo: **“Levántate y bautízate, y lava tus pecados”** (Hechos 22:16). Y en Hebreos 10:22 se lee: **“Lleguémonos con corazón verdadero, en plena certidumbre de fe, purificados los corazones de mala conciencia y lavados los cuerpos con agua limpia”**.

En este último versículo no se menciona expresamente el Bautismo, pero es patente que el autor pensaba en él, ya que la iglesia no poseía ningún otro acto por medio del cual se lavase el cuerpo con agua pura. Además, el autor dice que al mismo tiempo que se lavaba el cuerpo con agua limpia se purificaba el corazón de mala conciencia, a saber, por medio de la remisión de la culpa del pecado.

Observamos ahora cómo los autores del Nuevo Testamento ligan la dádiva del Espíritu Santo con el bautismo. Pedro dice: **“Arrepentíos y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo** (Hechos 2:38). Y Pablo dice: **“Por un Espíritu somos todos bautizados en un cuerpo** (1º Corintios 12:13). Aunque algunos sostienen que estas palabras de Pablo se refieren a un bautismo del Espíritu que nada tiene en común con el Bautismo con agua, lo cierto es que esta expresión no permite tal interpretación, que dice: *bautizados por un Espíritu en un cuerpo*. Aquí Pablo se refiere al acto de Dios por medio del cual venimos a ser miembros del cuerpo de Cristo, el cual es, por supuesto, *la regeneración*. Pablo liga la regeneración con el bautismo con agua, como leemos en Tito 3:5 **“No por obras de justicia que nosotros habíamos hecho, más por su misericordia nos salvó, por el lavacro de la regeneración, y de la renovación del Espíritu Santo”**.

Algunos han pensado que este versículo que acabamos de citar tampoco se refiere al lavacro del Bautismo, y han tomado el término “lavacro” así como la expresión “lavacro del agua por la palabra (Efesios 5:26) en sentido figurado. Sin embargo, esto se opone directamente a todo buen método de interpretación. Las iglesias que recibieron estas epístolas sólo tenían un lavacro, y cuando el autor usa este término con el artículo definido, el lavacro, ningún lector podría pensar en otro lavacro sino en el Bautismo. Si el autor hubiese pensado en algún otro lavacro, lo habría tenido que dar a entender.

Notaremos finalmente la declaración hecha por Pablo de que *por medio del Bautismo venimos a unirnos con Cristo* (Romanos 6:4-5; Colosenses 2:12). Y si Cristo fue hecho por nosotros sabiduría, justificación y redención, como dice Pablo en 1º Corintios 1:30, es claro que el Bautismo, al unirnos con Cristo, nos hace partícipes de la plena salvación; por lo tanto a una persona no le puede ser dado más de lo que es dado en el Bautismo.

Acabamos, pues, de comprobar que nuestra interpretación de las palabras con que Cristo instituyó el bautismo es la correcta.

LA DÁDIVA BAUTISMAL DE LA SALVACIÓN

1. Cuando Juan el Bautista habla de que Jesús “os bautizará en Espíritu y en fuego” ¿a qué se refiere?
2. ¿Por qué bautizó Pablo a los creyentes de Éfeso si ellos habían sido antes de bautizarlos por el de Juan el Bautista?
3. Según el Nuevo Testamento, ¿qué relación existe entre el perdón de los pecados y el bautismo?
4. ¿Qué relación existe entre la dádiva del Espíritu Santo y el bautismo?
5. Cuando San Pablo escribe en Tito 3:5 que Dios nos salvó por el lavacro de la regeneración, ¿a qué se refiere?
6. De este capítulo tan corto sobre “La Dádiva de la Salvación” cite los versículos bíblicos que a su juicio enseñan claramente que la regeneración bautismal de niños es una verdad bíblica.

CÁPITULO II – EL BAUTISMO EN LA INFANCIA

Puesto que la mayor parte de las dificultades referentes al Bautismo se relacionan con el bautismo de niños, y estoy seguro de que ustedes. Jóvenes amigos, se han topado con estas dificultades o tendrán que contender en el futuro con ellas, deseo tratarlas aquí, para que tengamos una base bíblica sólida sobre la cual sostenernos cuando hablemos acerca de la regeneración, en el bautismo de niños. Trataremos los argumentos que se usan contra el bautismo de niños, en el siguiente orden :

1. Se nos dice que la historia de la Iglesia primitiva nos proporciona una prueba concluyente de que el bautismo de niños es una ordenanza humana que apareció mucho tiempo después de la muerte de los apóstoles debido a que la iglesia, en ese tiempo, estaba adquiriendo caracteres mundanos. Se arguye así mismo, que por esa razón el bautismo de niños *se ordenó* en la Iglesia entera cuando tuvo lugar la unión entre la Iglesia y el Estado en el año 325 de nuestra era.
2. Se arguye que no hay ningún apoyo en las Sagradas Escrituras para el bautismo de niños; no hay en parte alguna de las Escrituras ningún mandamiento que ordene el bautismo de niños; además, nunca se refieren ellas al bautismo de niños. SI bien

es cierto que cuentan cómo en varias ocasiones algunos fueron bautizados con toda su casa (Hechos 16:33; 1º Corintios 1:16), nada mencionan que indique que había niños en esas casas. Claro está que algunas familias judías quizás no tuvieran hijos, pero aún en el caso de que los tuviesen, nada se dice que indique que éstos fuesen niños, *menores de edad*.

3. Se alega que no sólo es verdad que las Escrituras nada dicen acerca del bautismo de niños, sino que se afirma también, por el contrario, que hay pasajes que muestran claramente que los niños no deben bautizarse. Jesús no bautizó a los pequeñuelos que las madres le trajeron, sino que sólo los tomó en sus brazos y , poniendo las manos sobre ellos, les bendijo (Marcos 10:13-16).
4. Se afirma que las Escrituras especifican algunos requisitos necesarios para recibir el Bautismo. “**Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros**”, dice Pedro (Hechos 2:38), y “**El que creyere y fuera bautizado será salvo**”, leemos en Marcos 16:16. Los pequeñuelos no pueden cumplir estas condiciones. Por consiguiente, el bautismo de niños debe demorarse hasta que tengan edad suficiente para que se arrepientan y crean.
5. Otros alegan que los niños no necesitan del Bautismo en esa tierna edad, porque aún no han cometido ningún pecado y son todavía inocentes. Además, se arguye que el mismo Jesús dijo que los niños pertenecen al Reino de Dios (Marcos 10:14).

* * *

(1) El comienzo de la historia del Bautismo no es un problema histórico tan simple como parecen suponer los que se oponen al bautismo de niños. Los Padres de la Iglesia presuponen el bautismo de niños y hablan de él poco después de la muerte del Apóstol Juan. Notamos además, que los dos tipos de práctica bautismal andaban en línea paralela hasta el año 250 de nuestra era, más o menos, y que, en ese tiempo, la práctica de bautizar tanto a niños como a adultos, salió victoriosa sobre la de bautizar únicamente a los adultos. Como se ve, éste es un problema histórico de difícil solución, ya que estos dos métodos apuestos de procedimiento en Bautismo no pudieron originarse con los apóstoles, y, por consiguiente uno de ellos se ha apartado de la práctica apostólica. La dificultad se acentúa cuando consideramos la autoridad que los apóstoles tenían en las Iglesias. ¿Cuál es pues la práctica apostólica original, y cual es la desviación?

Como respuesta a esta difíciles preguntas, aduciré lo siguiente :

En primer lugar : Los Padres de la Iglesia (los teólogos más destacados de los primeros cinco siglos de la Historia de la Iglesia) que defienden el bautismo de los niños recalcan con toda claridad que el bautismo de niños fue practicado por los apóstoles, y los Padres que lo rechazan tampoco niegan esta aseveración. Ellos no atacan el bautismo de niños por razones históricas, sino por razones intelectuales. “¿Por qué se apresuran los edad inocente al lavacro del Bautismo?” dice Tertuliano.

En segundo lugar : Cuando se atacó la administración del Bautismo a los niños se hizo por causa de una idea del Bautismo que al principio se introdujo en la Iglesia, a saber, que al que hubiese sido bautizado y luego hubiese apostado de Dios le sería imposible convertirse de nuevo. Como resultado de este concepto se hizo común aplazar el Bautismo lo más posible, aun hasta la hora de la muerte, con el fin de que el bautizado pudiese guardarse del mejor modo posible contra la apostasía. Esto nos explica el por qué no querían bautizar a los niños, y nos revela el por qué de la lucha contra el bautismo de niños en los primeros tiempos.

(2) Ciertamente es que las Escrituras no ordenan el bautismo de niños, ni tampoco mencionan casos de niños que hayan sido bautizados. Pero los que dicen que rechazan el Bautismo de niños por esta razón no son absolutamente veraces; pues por la misma razón tendrían que rechazar otras cosas. La participación de las mujeres en la Santa Cena, por ejemplo, no se ordena en las Escrituras; tampoco hacen ellas mención alguna de que las mujeres hubiesen participado en el Sacramento del Altar. Si los que se oponen al bautismo de niños, que dicen hacerlo por sentirse obligados por la letra de las Escrituras, fuesen serios y sinceros ciertamente se sentirían constreñidos a prohibir a las mujeres el participar de la Santa Cena. Pero, que yo sepa, nadie asume actitud tan pedante y material como esa en cuanto a la administración de la Santa Cena se refiere. Siendo éste el caso, cabe preguntar : ¿Por qué lo hacen cuando se trata del Bautismo? La verdad es que no es esa su verdadera razón para rechazar el bautismo de los niños ; es ese sólo un *subterfugio* tras el cual se esconden.

En cuanto al punto central del asunto, a saber, el apoyo para el bautismo de niños en las Escrituras diré lo siguiente :

Cristo no instituyó ni el bautismo de *adultos*, no el bautismo de *niños*. Él instituyó el Bautismo. Es decir : Él, por medio de Su Palabra creadora, determinó de una vez para siempre lo que sería el efecto salvador del Bautismo y qué dádiva de salvación acompañaría al acto cuantas veces y doquiera se efectuara. Por otra parte, Jesús no dijo dónde ni cuándo se debería administrar el Bautismo ni quienes deberían ser bautizados. EL dejó esto para que su Iglesia lo decidiera bajo la dirección del Espíritu de Dios.

Exactamente lo mismo acontece con la Santa Cena : El la instituyó y ordenó de una vez para siempre qué dádiva de salvación la acompañaría, pero no dijo nada acerca de quiénes deberían participar de ella, a excepción de lo que se nos dice en 1º Corintios 11:28-29.

Del mandato bautismal podemos deducir claramente que el Bautismo y la Palabra son los únicos medios por los cuales podemos hacernos discípulos de Jesús. Los que no se hacen sus discípulos por estos medios, no pueden, en efecto, llegar a serlo. De esto resulta que los niños también han de ser hechos discípulos por estos medios si en efecto pueden llegar a ser discípulos de Jesús en la infancia.

(3) No obstante, se arguye que Jesús no bautizó a los pequeñitos que le trajeron los padres, sino sólo los tomó en sus brazos y poniendo sus manos sobre ellos, los bendijo. En cierta ocasión, mientras discutíamos este punto, me dijo un bautista : “Eso es lo que yo hago con mis hijitos” . . . “Claro está”, dije yo, “cuando usted hace eso, y lo hace con

frecuencia, no le hace mal a sus niños ; pero, supongo que usted se da cuenta de que Jesús nunca le ha mandado que haga esto como medio de salvación. Por el contrario, Él nos ha ordenado expresamente que hagamos discípulos de todos, bautizándoles y enseñándoles”.

La razón por la cual Jesús no bautizó a los pequeñuelos, sino que sólo los tomó en sus brazos y los bendijo, es por demás sencilla : Todavía no había instituido el Bautismo Cristiano en nombre del Dios Trino. Por consiguiente no bautizaba tampoco a los adultos que a Él venían.

(4) Pero, ¿necesitan los niños la dádiva del Bautismo? No hay duda de que aquí nos topamos con la dificultad fundamental en cuanto al Bautismo; pues aquí es donde generalmente surge duda intelectual referente al bautismo de niños. ¡Los niños son inocentes! Y claro está que todavía no han *podido cometer* ningún pecado. Además, las Escrituras dicen que ellos perteneces al Reino de Dios.

No, las Escrituras no dicen eso. La declaración de Jesús en Marcos 10:14 de ninguna manera significa eso. Él dice que el Reino de Dios pertenece a los niños, no que ellos pertenecen al Reino de Dios. Los discípulos de Jesús creían que el Reino de Dios no era para los niños, por lo tanto, trataron de evitar que los padres ocuparan el tiempo de Jesús con pequeños. Entonces Jesús se enojó y dijo que el Reino de Dios si era para los niños. Pero habrá quienes pregunten : “¿Es esta una interpretación correcta de las palabras de Jesús?” Sí que lo es. Los que han leído lo que Jesús dijo a Nicodemo, “Lo que es nacido de la carnes, carne es” (Juan 3:6), se darán cuenta de que con las palabras citadas en Marcos 10:14, Jesús no quiso decir jamás que por virtud de su mero nacimiento lleguen los niños a pertenecer al Reino de Dios. Por lo tanto, todos los seres humanos, hasta los niñitos, deben nacer de nuevo para poder entrar en el Reino de Dios.

En los escritos de Pablo también encontramos este mismo pensamiento (Efesios 2:3) : “**Éramos por naturaleza hijos de ira**”. Las palabras “por naturaleza” quieren decir que nuestra condición al nacer es tal, que estamos sujetos a la ira de Dios que recae sobre toda la humanidad apartada de Dios. Aun si pudiese ser posible que el párvulo todavía no haya cometido ningún pecado, no puede éste nacer dentro de esta raza culpable sin participar de la culpa de ella.¹

(5) Pero, ¿son los niños capaces de recibir la dádiva del Bautismo? La Escritura estipula que el arrepentimiento y la fe son las condiciones por las cuales el Bautismo puede tener algún efecto salvador en la persona bautizada. Se alega que el niño no puede arrepentirse ni creer. Luego el Bautismo debe postergarse hasta que el niño tenga suficiente edad para que pueda arrepentirse y creer.

¹ *Con este punto se presenta, para muchos la pregunta atormentadora : ¿Qué les sucederá a los niños que mueren sin ser bautizados? La contestaremos como los antiguos la contestaron. Dios nos ha atado a nosotros a los medios de gracia, pero Él no se ha atado i limitado a ellos, y, por lo tanto puede salvar a estos niños por medios desconocidos para nosotros. Que los quiere salvar es evidente, ya que no es la voluntad de Él que se pierda uno de estos pequeños (Mateo 18:14).*

Así dicen y hacen algunos, y, por supuesto, su posición parece lógicamente inexpugnable. Sólo que presenta una pequeña dificultad, y es que Jesús dice absolutamente lo contrario, y su mandato ha sido completamente tergiversado. Él dice que los adultos debemos arrepentirnos y *venir a ser como niños chiquitos* para poder entrar en el Reino de Dios (Mateo 18:3). En efecto, dice aún que el que no recibiere el Reino de Dios como un niño no entrará en él (Marcos 10:15). Sin embargo, los que se oponen al bautismo de niños afirman que ellos deben llegar a ser como nosotros, los adultos, y luego se les permitirá entrar en el Reino de Dios.

Algunos todavía arguyen así : “Sí, ¿pero los niños a quienes Jesús se refiere eran tan pequeños que no podían arrepentirse y creer?” La respuesta a esta objeción es que la expresión en Lucas 18:15, que en el griego se escribe “Brefo”, significa realmente feto, y se usa en ese sentido, por ejemplo, en Lucas 1:41 ; pero también se usa para referirse a infantes o niños muy pequeños. Queda claro, pues, que Jesús considera que los niños no sólo con capaces de recibir la dádiva del Reino de Dios, sino que es tal su aptitud en este sentido que vienen a ser ejemplo de receptividad para nosotros los adultos.

* * *

Los conceptos de; Bautismo y del niño que son la base para rechazar al bautismo de niños, tienen hondas raíces. No consisten meramente en una mala comprensión del Bautismo y del niño sino que van más lejos aún. Fundamentalmente son un concepto erróneo de la verdad misma referente al pecado y la gracia.

Los que se oponen al bautismo de niños no han podido entender bien en las declaraciones de la Escrituras con respecto a la total incapacidad moral del hombre como consecuencia de la caída en el pecado. Esto lo hace muy evidente su predicación acerca del arrepentimiento, que viene a ser así : “El hombre debe desligarse de sus pecados anteriores por medio del arrepentimiento y dejar de amar el pecado”. Sostienen ellos que si el pecador no puede llevar a cabo esto es porque no se ha entregado a Dios de todo corazón.

En lo que predicán sobre la fe, muestran tender la misma ideal : El hombre por medio de la fe, debe ganarse la gracia. La gracia es en verdad gratuita, es decir, que aquel que la busca puede conseguirla. La fe es la mano que el pecador extiende para obtener la gracia y hacerla suya.

Si el arrepentimiento y la fe se entienden de esta manera, claro está que el niño no puede tener ni una cosa ni la otra, puesto que no puede llevar a cabo ninguna de las disciplinas espirituales que, según este concepto, son absolutamente necesarias para que la gracia de Dios llegue al corazón del pecador.

Pero las Escrituras presentan este asunto de un modo completamente diferente. El hombre está perdido por causa del pecado y no posee ningún poder para librarse de sus antiguos pecados y aún menos para dejar de amar al pecado. Las Escrituras nos dicen además que Cristo vino a libertar a los *cautivos* y, asimismo, nos dicen que la mente carnal es

enemistad contra Dios, y que “lo que es nacido de la carne, carne es”. Hasta que nazca de Dios.

Por consiguiente el arrepentimiento no consiste en que el hombre, por el poder de su propia voluntad sea capaz de obligarse a odiar el pecado y amar a Dios. No, el arrepentimiento consiste en esto, que el pecador, convencido de sus pecados por el Espíritu Santo, se somete a esta convicción y confiesa que está encadenado por el pecado y que ama al pecado y no a Dios.

De otra manera, la fe no es una disciplina espiritual o una condición del alma que nos hace dignos de recibir la gracia de Dios, ni tampoco es un poder por medio del cual debiéramos atraer hacia nosotros la gracia de Dios, Esto no es necesario, porque la gracia es gratuita, no sólo en el sentido de que todos podemos *buscarla*, sino que es tan gratuita como el aire que nos envuelve y que se precipita sobre nosotros tan pronto encuentra la más mínima entrada. Así es la gracia de Dios en Cristo.

La propiciación que Cristo hizo por medio de su muerte, la hizo como representante y substituto de la raza humana. El pacto que hizo Dios en la muerte de Cristo consiste en que Él se encarga de otorgar a cada miembro de la raza humana la salvación que, por Cristo, pertenece a Ella. Véanse 2º Corintios 5:18-19, donde Pablo menciona “**la palabra de la reconciliación**”: como una parte de la dispensación de salvación que Dios perfeccionó mediante la muerte de Cristo.

Como consecuencia natural de este pacto, Dios hace que la gracia busque a cada pecador. Por lo tanto, no es el pecador quien primero busca la gracia, sino que la gracia ya ha hallado al pecador en el momento en que éste comienza a buscarla. Y, siendo éste el caso, que la gracia, el Bautismo corresponde naturalmente a la infancia. La gracia busca al hombre tan pronto como éste nace. Por eso el niño recibirá, de acuerdo con el Pacto de Dios, su parte en la salvación consumada, a la cual tiene derecho porque es nacido dentro de la humanidad que Jesús redimió. Jesús dice que el niño es capaz de participar en esta salvación. Es tan receptivo que constituye para nosotros los adultos un ejemplo de la manera como debemos recibir el Reino de Dios.

¿Cómo, pues, recibe el niño el Reino de Dios?

Claro está que el niño no tiene idea de los que está sucediendo en el momento del Bautismo. Él no puede pensar, y por lo tanto, no puede darse cuenta de su arrepentimiento y fe, como lo hacemos nosotros los adultos. Sin embargo, el niño puede hacer algo que nosotros los adultos aprendemos por medio del arrepentimiento y de la fe : Permanece pasivo sin oponerse a la gracia de Dios. Así tiene Jesús acceso a esta pequeña vida humana, sin ningún obstáculo, y puede entrar con toda su gracia y sus dones.

Ahora bien, Jesús nos dice a los adultos que, si no recibimos el Reino de Dios “como un niño”, no entraremos en él. Pero, ¿cómo podremos nosotros llegar al estado en que, como el niño, seamos sumisos y no estorbemos que Jesús entre en nosotros con su plena salvación? En realidad, afirma Jesús que precisamente *por medio del arrepentimiento venimos a ser como niños (Mateo 18:3)*.

Aquí se nos revela el propósito para el cual debe servirnos el arrepentimiento a nosotros los adultos. Es para alejar los obstáculos que han impedido que Jesús entre en nosotros con toda su gracia. Por consiguiente, el arrepentimiento y la fe en el adulto consisten simplemente en que el adulto se percate de su impotencia, y al reconocerla se entrega incondicionalmente al Salvador. La verdad es que Jesús no necesita ayuda ni del niño ni del adulto. Todo lo que Él necesita es acceso.

Esto explica el peculiar hecho histórico de que son las Iglesias Reformadas las que han tenido dificultades con el bautismo de los niños. La Iglesia Luterana no ha tenido ninguna dificultad respecto a este punto, excepto las causadas de los grupos reformados. El que la Iglesia Luterana haya retenido el bautismo de niños sin ninguna dificultad, se debe precisamente a que ha tenido concepto tan claro de la depravación humana y de lo innecesario que es la salvación concedida por Dios.

EL BAUTISMO EN LA INFANCIA

1. El autor del libro da 5 argumentos que utilizan las personas que rechazan el bautismo de niños. En breves palabras cite esos 5 argumentos y, si es posible, añada otro que Ud. Ha ya oído.
2. ¿Qué pruebas hay de que el bautismo de niños fue practicado por los Apóstoles y los Padres de la Iglesia?
3. ¿Qué puede uno contestar a los que dicen que la Biblia no ordena el bautismo de niños?
4. ¿Qué respuesta podemos dar a los que preguntan ¿Qué les sucederá a los niños que mueren sin ser bautizados?
5. ¿Por qué no bautizó Jesús a los niños sino solamente los tomó en sus brazos y los bendijo?
6. ¿Cómo respondería Ud. a la persona que dice que los niños no necesitan el bautismo porque ellos pertenecen al Reino de Dios?
7. ¿Qué se les puede decir a las personas que dicen que no se debe bautizar al niño porque es muy pequeño y no puede arrepentirse ni creer?
8. Indique lo que el autor quiere decir con la frase : “Dios hace que la gracia busque al hombre tan pronto como éste nace?”
9. Cuando Jesús dijo que “si no recibe el reino de Dios como un niño, no entrará en él”, ¿cómo es que el niño recibe la gracia o la salvación?
10. ¿Qué es lo que Dios busca en la vida tanto del niño como del adulto?

CÁPITULO III – LA VIDA INCONSCIENTE

Después de la anterior exposición acerca de la dádiva bautismal de salvación y de la aplicabilidad de Bautismo a los niños, pasamos al problema del *efecto del Bautismo en el niño*.

Teóricamente, podemos resolver este problema muy sencillamente. Por medio del Bautismo el niño viene a ser injertado en Cristo, y de esta manera recibe su parte en la plena salvación. Perdón de los pecados, calidad de hijo y nueva vida por medio del Espíritu Santo. Pero *en la práctica* es más difícil dar solución a este asunto : ¿Qué se efectúa en el niño, en el momento del Bautismo?

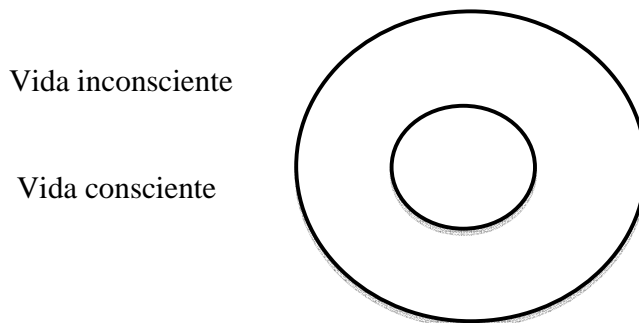
No es tan difícil determinar lo que se hace con referencia al niño, porque es precisamente lo mismo que se hace con referencia al adulto que se bautiza. Se libera al niño de su culpa, haciéndolo partícipe de la expiación de Jesucristo, y de esta manera se le eleva a la calidad de hijo. Pero es mucho más difícil determinar lo que se efectúa en lo íntimo del niño. Es verdad que podemos determinarlo en parte, como sigue : EL Espíritu Santo lleva a cabo la regeneración en el pequeño. Pero, si preguntamos qué ocurre, qué es lo que psicológicamente ha tenido lugar en esta pequeña vida, inmediatamente nos damos cuenta de la dificultad.

Luego también, esto es cuestión de si estamos o no acercándonos en este punto al reino del misterio, el cual la mente humana no puede sondear, y donde simplemente debiéramos quitarnos el calzado en temor santo. Sabemos que la regeneración tanto en el adulto como en el niño es el gran misterio de la vida que ninguna mente humana puede plenamente comprender ni explicar. Cuando procedemos a nuestra investigación de este asunto, no nos proponemos emprender una cosa tan irrazonable como el explicar lo inexplicable, pero sí deseamos considerar todo aquello que somos capaces de entender y analizarlo tanto cuanto nos sea posible.

* * *

Cuando emprendemos la investigación del efecto del Bautismo en el niño, nos encontramos con una verdadera dificultad, puesto que el niño sólo tiene vida *inconsciente*, y nosotros poco sabemos de la naturaleza y las leyes de esta vida. Sin embargo, trataremos ahora de juntar los conocimientos que tenemos acerca de la vida inconsciente, para así poner en claro la relación entre la vida inconsciente y la consciente.

Comencemos por anotar la simple verdad de que toda vida humana normalmente desarrollada consta de dos aspectos: La consciente e inconsciente. La relación que existe entre ellas la podemos expresar por medio de una figura geométrica, así : Es la una con respecto a la otra lo que un círculo concéntrico es un respecto al otro, que aunque teniendo el mismo centro es de diferente tamaño. El mayor de estos círculos equivale la vida inconsciente. Puede ser que muchos se sorprendan al oír esto. Es, en efecto, en sí mismo notable que la vida del ser humano, la que, por supuesto, es vida personal, se mueve realmente más en el plano de lo inconsciente que en el de los consciente. Sin embargo, no es difícil demostrar que estos es verdaderamente así.



En primer lugar, todos nosotros vivimos por lo menos dos años en la vida inconsciente antes de que la vida consciente principie a despertarse, y la mayor parte de la gente pierde el conocimiento algún tiempo antes de que la vida inconsciente se extinga con la muerte. A unos esto les toma varios minutos, a otros varias horas, días o semanas o años.

En segundo lugar, podemos referirnos al sueño, que temporalmente deja extinta nuestra vida consciente, de tal manera, que sólo funciona la inconsciente. Es muy interesante anotar que usamos una gran parte del breve tiempo de nuestra vida en dormir. Si tenemos en cuenta que el niño duerme mucho durante los primeros dos años, y que generalmente se repite lo mismo en la vejez, podemos decir sin lugar a duda que el ser humano gasta en dormir aproximadamente la tercera parte de su vida.

En tercer lugar, podemos hacer referencia al hecho de que mientras estamos despiertos. Sentimos mucho más de lo que percibimos o experimentamos en forma concreta y consciente, y vemos a cada momento muchos más de lo que tenemos idea de haber visto o haberle “puesto atención”. Además, nuestros oídos perciben más sonidos de lo que nos percatamos. Aún en medio del estado más alerta en que nos encontremos, nuestros pensamientos se van de vacaciones, como sucede por ejemplo durante las reuniones. De repente nos damos cuenta de que, por un tiempo, demos estado ausentes en espíritu. Podemos además hacer alusión a las funciones orgánicas internas puramente automáticas, tales como la digestión. Nos sentamos a la mesa y comemos sin pensar, ni siquiera por un momento, en cómo masticamos o cómo digerimos el alimento. Y es de notar que la digestión se efectúa mejor cuando no pensamos en ella. Los que se preocupan mucho de su digestión generalmente terminan por padecer de indigestión.

Esta pequeña investigación nos revela que todos pasamos por más experiencias en cada momento en nuestra vida, de las que nos podemos conscientemente percatar. Luego mi vida consciente es sólo una pequeña parte de la vida que vivo cada momento.

* * *

El hecho de que el círculo de la vida inconsciente no sea sólo el más grande sino también es primero, ya que nuestra vida consciente principia a brotar de la inconsciente a la edad de dos años, nos demuestra, en parte, que la vida consciente depende de la inconsciente. La vida inconsciente es, por así decirlo, la raíz de la cual crece la vida consciente, a la cual siempre está ligada y de la cual siempre tendrá que depender para su sostén.

Esto se explica magistralmente por medio del sueño. La vida consciente depende de la vida inconsciente hasta tal punto que tenemos que pasar casi la tercera parte de cada veinticuatro horas en estado inconsciente. Eso significa que la vida consciente tiene que sumirse en las profundidades de la vida inconsciente a intervalos regulares, y de allí salir nueva y fresca, como nuestro cuerpo después de un baño.

La dependencia en que la vida consciente se halla en la inconsciente se muestra más claramente en el hecho de que cuando más profundo es el sueño tanto más nos fortalece, esto es, cuando ha logrado extinguir por completo nuestra vida consciente. No dormimos no descansamos verdaderamente bien en tanto que estamos sumidos en un sopor y recibimos impresiones semiconscientes que rehacemos en lo que llamamos sueños.

Todavía notaremos aún más cómo la vida consciente depende de la inconsciente por el hecho de que la vida consciente no puede existir si no se duerme regular y suficientemente. En verdad, podemos ver que la gente que por una u otra razón no duerme lo suficiente durante un largo período de tiempo, pierde la facultad de vivir bien en el estado despierto, y se hunde en la tinieblas de la locura.

A esta parte inconsciente de nuestra vida actualmente se la denomina *subconciencia*, y está ha venido a ser, en grado excepcional, objeto de atención de nuestros días. Los estudiantes contemporáneos de psicología la estudian enérgica y concienzudamente, al extremo de que escasamente hay asunto en nuestro tiempo que se estudie con tanto interés como la vida subconsciente.

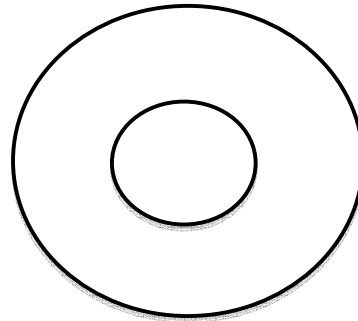
Los cristianos en particular debemos estar agradecidos de que se hagan estos estudios que sin duda pondrán en claro muchos de los aspectos más oscuros de la vida espiritual del cristiano, a saber, los que no están directamente sujetos al dominio de la consciencia y de la voluntad. Sobre todo, este estudio nos ayudará a entender más fácilmente la vida espiritual del niño, que se mueve esencialmente en lo subconsciente hasta el momento en que se halle madura y plenamente desarrollada. Podemos decir, sin lugar a duda, que la vida consciente del niño está en el proceso de despertar todo el tiempo, desde la edad de dos años y por todos los años de su juventud, hasta su pleno desarrollo. La verdadera línea divisoria entre el niño y el adulto consiste en esto, que la vida consciente del adulto ya ha logrado su relación normal con la subconsciente.

* * *

Nuestra vida con Dios también consta de dos círculos, el consciente y el inconsciente. Aquí también el inconsciente es el más grande, ya que nuestra vida con Dios incluye, cada momento, mucho más de lo que podemos percibir con nuestras mentes o darle cabida en nuestras emociones.

Vida inconsciente con Dios

Vida Consciente con Dios



La vida con Dios es como un organismo que funciona sin interrupción mientras la persona tiene vida. Funciona sin cesar, aun cuando la vida consciente no esté funcionando, como sucede *durante el sueño*, y también cuando la vida consciente se ejercita en otras cosas u no medita en lo relacionado con Dios, como sucede *durante el trabajo*.

Es esencial para nosotros entender claramente este aspecto de la vida espiritual, ya que ellos nos librarán de mucho temor innecesario y de inquietud interior, y dará a nuestra vida con Dios la tranquilidad y el equilibrio interiores que necesita para crecer. Especialmente en el comienzo de la vida cristiana tiene uno la tendencia de creer que la vida con Dios consiste únicamente en pensar en Dios y en las emociones que acompañan a estos pensamientos. Por eso, durante ese período le tiene uno mucho miedo a todo lo que nos distrae de pensar en Dios. Se hace fácil hasta temer y esquivar el trabajo, porque éste nos impide el pensar en Dios.

Claro está que esto conduce a una vida espiritual artificial y afectada, un rasgo que encontramos también en cristianos que han permanecido por más tiempo en la fe, dentro de los grupos que tienen poca o ninguna visión del aspecto inconsciente de la vida cristiana. Ellos son tentados especialmente a forzar por medio artificiales las emociones del cristiano hasta estados exagerados.

Sí, por contrario, puede uno percatarse de que la vida con Dios es una vida que vive y crece in interrupción, aunque el conocimiento, las emociones y la voluntad estén ocupadas en otras cosas, tendrá uno la paz y el reposo naturales para la vida del alma que son tan indispensables para el desarrollo de la vida con Dios. Irá uno entonces a su trabajo con gozo y gratitud, aunque el trabajo le impida tener el pensamiento incesantemente en Dios. Poco a poco aprenderá a dar gracias a Dios en particular por el trabajo, porque es éste un medio simple y natural de evitar que nuestros corazones se entreguen al pecado.

Muchos creyente se quejan de que tienen tanto que hacer que les es muy difícil atender a su vida con Dios. Por lo que a mí toca, sucede todo lo contrario. Mis vacaciones son, por regla general, las época más flojas de mi vida espiritual, ya que entonces siento mayor tentación para descansar en la lucha contra el pecado. Mi vida espiritual se conserva mejor cuando estoy ocupado en mi trabajo regular.

En cierta ocasión Cristo dijo lo siguiente, refiriéndose al aspecto inconciente de la vida espiritual : **“Así es el reino de Dios, como si un hombre echa simiente en la tierra ; y duerme, y se levanta de noche y de día, y la simiente brota y crece como él no sabe. Porque de *suyo* fructifica la tierra, primero hierba, luego espiga, después grano lleno en la espiga”** (Marcos 4:26-28).

Jesús dice que la tierra de por sí produce. La vida con Dios crece de por sí y no porque yo piense en ella. Lo único que tengo que hacer de mi propia voluntad es darle cabida en mis pensamientos y proveerla con el alimento que necesita y que darle por los medios de gracia.

Mencionaré, en relación con esto, una condición de las más penosas de nuestro mundo. Pienso en aquellos creyentes que se vuelven locos. Claro está que esto es por sí mismo penoso, pero lo que con frecuencia agrava el asunto es que el loco se comporta de tal manera que a los demás les parece que ha apostatado de Dios. Así, por ejemplo, algunos que antes de perder la mente eran creyentes de todo corazón, después maldicen con frecuencia o se expresan lasciva e indecorosamente. O, como sucede a menudo con los ancianos, cuando la esclerosis arterial afecta el cerebro, se ponen a veces tan repugnantes y maliciosos, que los que con ellos conviven o les tratan por necesidad llegan a creer que han apostatado de Dios en su vejez. La fase peor de esto se manifiesta cuando estos dementes cometen suicidio. Muchos creen que para ellos no hay esperanza en vista de que el suicidio conduce directamente a la perdición eterna.

Esta idea, sin embargo, se debe a una completa incomprensión de la locura. No se reconoce que el que está demente no es responsable de sus palabras ni de sus hechos, puesto que ha perdido el dominio de su vida que normalmente tiene cuando está en el pleno uso de su sentido y su voluntad. Entonces el mal que mora en toda alma humana tiene absoluta libertad de expresarse en palabras y hechos. Antes de volverse loca, la persona a que aludimos llevaba en sí misma toda esta perversidad. Pero entonces estaba bajo el dominio y sujeción diarios del sentido santo y la voluntad del nuevo hombre.

Por tanto adquiere gran importancia conocer la relación que existe entre la vida consciente y la inconciente. Como ya hemos dicho, la vida con Dios persiste sin

interrupción, aun cuando la vida consciente quede extinta ; por ejemplo, durante el sueño. Así podemos decir que la vida consciente del creyente queda extinta por la locura. Por lo tanto, un creyente que se vuelve loco, no es más responsable de lo que dice y hace durante su locura que de lo que dice y hace durante el sueño.

Añadiremos. Para consuelo y sostén de aquellos cuyos parientes o amigos creyentes se han vuelto locos, que es imposible para un creyente apostatar de Dios durante la locura, como lo es cuando está durmiendo. Luego los creyentes que se han vuelto incurablemente locos ya están eternamente salvos y afuera de todo peligro de llegar a apostatar. Este es el rayo consolador de luz que da alivio en medio de las terribles tinieblas de la demencia.

Aunque parezca superflojo decirlo, no obstante, para que no haya duda, conviene recalcar que no deseo en modo alguno defender el suicidio con estas ideas. Lo que aquí he dicho no se refiere a todos los que se quitan su propia vida, sino a los locos únicamente. Ni tampoco a todos los locos, sino únicamente a aquellos que eran creyentes en el momento de volverse locos.

* * *

También, en nuestra relación con Dios, la vida inconsciente es la primera en funcionar. Dios se pone en vivo contacto con la parte inconsciente de nuestra persona por medios sobrenaturales. Antes de que se despierte la vida consciente del niño, Dios toca la vida inconsciente con su Espíritu vivificador. El toma las más tiernas y profundas raíces de nuestra vida y las planta en el suelo fecundo de su propio ser, de tal manera que nuestra vida inconsciente, desde ese momento, recibe de Él mismo alimento e impulso de vida.

Y eso es, precisamente, lo que sucede al niño en el Bautismo.

De este modo, el pequeño esqueje de humanidad se ve puesto en relación con Dios y recibe vida con Dios. En cierta ocasión, Jesús ilustró esta relación vital por medio de la bella parábola de la vida y sus ramas. Es por medio del Bautismo que el pequeño es injertado en Cristo y, por pequeña que sea la rama, ella tiene la misma vida del tronco.

En el primer nacimiento, el niño fue traído a una viva relación con toda la raza pecaminosa y, por lo tanto, con el autor y capitán del pecado: el diablo. El niño no es consciente de esta relación, pero, no por eso deja ésta de ser verdadera y activa. Este contenido pecaminoso llena y moldea la temprana vida personal del niño.

Dios contrarresta esta heredada vida pecaminosa regenerando al niño; es decir, poniéndolo en relación con una vida enteramente diferente, con la buena vida, con la propia vida de Dios. No se ha de dejar que la vida de maldad obre libremente en el niño. Puesto que es un miembro de la raza que Cristo redimió, el pequeñito recibe, en el momento del bautismo, su parte de la salvación que, conforme al Pacto de Dios, es dada y transferida a todo ser humano que no se niega a aceptar su porción.

Como el niño todavía *no puede negar* la entrada a la gracia divina, Dios puede, *sin encontrar ningún obstáculo*, darle parte al niño en su salvación consumada. Por medio del Bautismo se injerta al niño en Cristo, y así tiene acceso a la participación en la plena salvación que se encierra en la persona de Cristo. Pero por ahora no puede hacer uso y disfrutar de toda la vida y vitalidad con que se halla unido. La viva relación se efectúa, por ahora, sólo en la vida inconsciente, ya que el niño todavía no tiene la vida consciente.

* * *

Si queremos darnos cuenta de lo que sucede en el alma del niño durante este tiempo, debemos observar que la parte inconsciente de nuestro ser está en vivo y constante contacto con todo el medio ambiente que participa de esta forma de vida : a saber, con Dios, con los ángeles, con los demonios y con los seres humanos.

La fase inconsciente de nuestra vida constituye por naturaleza la conexión radical con la vida universal. Por medio de nuestro subconsciente, el insondable e infinito océano de la vida que nos rodea se infiltra en nuestra persona, la llena y la moldea con sus impresiones e impulsos de vida subconsciente.

La parte consciente de nuestra vida es como una isla que emerge del infinito océano de la vida. Esto se puede expresar también diciendo que es aquella parte de la vida que es nuestra *posesión particular*. La fase inconsciente de nuestra vida es, por otra parte, una porción del gran océano de la vida sobre la cual no tenemos dominio personal, ni con nuestra mente ni con nuestra voluntad.

Actualmente se están estudiando energéticamente las leyes que gobiernan la vida inconsciente, y es posible que no vengan a ser más conocidas; sin embargo, por ahora no estamos capacitados para delinear el curso que siguen ni por qué las leyes se rigen los impulsos vitales en el gran océano común de la vida con el cual nos comunicamos mediante la subconciencia.

Por ahora, sólo podemos hacer notar el hecho de que nuestras almas realmente se hallan en ese misterioso estado de comunicación subconsciente con la vida universal, sin poder explicar con exactitud de qué manera tiene lugar.

* * *

Todos tenemos la tendencia de valorar muy por alto la parte consciente de nuestra vida, aunque es evidente que el sentido de la propia existencia es el elemento esencial de la vida que llamamos personal, y que ninguna vida es *personal* sin el sentido de la propia existencia.

Lo mismo sucede en nuestra relación con Dios. Ningún adulto puede venir a ser hijo de Dios únicamente por la obra de Dios sobre su vida inconsciente, sino que la influencia divina que lleva al arrepentimiento debe alcanzar asimismo la vida consciente del

individuo, ya que la conversión no es posible sin una aceptación personal y consciente de la gracia.

A pesar de eso, existe cierto peligro de dar demasiada importancia a la vida consciente y de creer que el estado consciente es el único portal por el que entramos en el santuario de la personalidad; es decir, en la consciencia y la voluntad. Y así pasamos por alto la continuidad orgánica que existe en nuestra persona entre la vida consciente y la inconsciente.

Podemos comparar a la subconciencia con un depósito en el cual todos los pensamientos, ideas, humores y emociones se conservan tan absolutamente intactos que no se pierde ni la más simple impresión que se haya hecho en el estado consciente ni aun en el inconsciente de la vida. Allí permanecen seguramente almacenadas todas las experiencias de nuestra vida.

Este hecho extraordinario ha sido comprobado de varios modos ; parcialmente por medio del fenómeno de los sueños, y en gran parte por los llamados desdoblamientos de la personalidad. Así, por ejemplo, debido a cualquier daño sufrido en el cerebro, una persona literalmente se olvida de sí misma. No recuerda su nombre ni su pasado, no puede hablar en la lengua que hablaba, no puede caminar ni comer, etc. Tiene que aprender todo esto de nuevo, como si fuera un niño chiquito. Pero sucede, de vez en cuando, que tal persona comienza a hablar con fluidez en una lengua en la cual no podía hablar antes del golpe. En este caso las investigaciones revelan que tal persona hablaba ese idioma durante su niñez, pero que lo había olvidado completamente, cosa que sucede con los niños cuando dejan de oír o hablar un idioma. Queda manifiesto entonces que la subconciencia había conservado fielmente el conocimiento de este lenguaje, aunque la vida consciente lo había olvidado y ni recordaba que lo hubiese hablado.

Pero la subconciencia no es únicamente un *depósito* que preserva una masa muerta de impresiones psicológicas, sino que es mucho más; es un *taller* que obra de todos los materiales acumulados, de acuerdo con leyes que no podemos definir con exactitud. Sólo sabemos que la subconciencia hace un trabajo de esta clase, silencioso e inadvertido, el resultado del cual emerge algún día desde su taller subterráneo hasta la clara luz de la conciencia.

Así, por ejemplo, muchos de nosotros recordamos cómo en nuestra niñez tratamos una que otra noche de resolver un problema difícil de aritmética, y, por último, tuvimos que acostarnos sin haberlo resuelto. Luego, a la mañana siguiente, volvimos a estudiarlo y nos fue fácil su solución. Esto se debe a que la subconciencia tuvo tiempo para trabajar sobre las impresiones acumuladas y, una vez hecho esto, envió la solución a nuestro pensamiento consciente.

A nosotros los que predicamos la Palabra de Dios nos ocurre con frecuencia que un texto nos presenta mucha dificultad. No podemos dar con un pensamiento que nos lleve al corazón del texto y nos revele su contenido. Tal vez pasamos largas horas en la preparación del discurso, sin ningún resultado, y por último abandonamos el trabajo desalentados y tristes. Después de uno o dos días volvemos a estudiar el mismo texto con

determinación y entonces a menudo notamos que el texto nos parece clarísimo. A nuestra vida interior se revela todo el sermón y, de aquí en adelante, es un verdadero placer darle forma. Tal es el servicio que la subconciencia nos presta. Por lo tanto, deberíamos tratar de lograr que siempre tenga la oportunidad de hacernos este trabajo, ya se trate de un problema de aritmética, de un sermón, o de cualquier otra cosa.

El sentido común de la gente descubrió este hecho mucho antes que los estudiosos e investigadores hubiesen dado con su base y compatibilidad psicológicas. Así se observa con frecuencia que la gente sensata y experimentada nunca consiente fácil y rápidamente en seguir un nuevo plan que le sea propuesto, sino que antes bien responde en tales ocasiones : “Consultaré con la almohada”. Esto es porque la experiencia le dice que puede juzgar mejor el asunto, después de que ha “dormido sobre él”, ya que la subconciencia habrá tenido tiempo de considerarlo en todos sus aspectos.

* * *

Después de lo que hemos dicho, no es difícil ver que el conocimiento de la vida subconsciente será de gran importancia para juzgar y tratar al niño.

En primer lugar, el niño se comunica con su medio ambiente, mucho antes de que tenga consciencia de ello. Por medio de la subconciencia acumula desde su nacimiento y aún desde antes, muchas impresiones que la subconciencia ni o pierde, sino que retiene y asimila.

En segundo lugar, la vida consciente del niño surge de la subconsciente. El depósito de impresiones de la vida subconsciente da a la vida consciente su dirección fundamental, y delinea el curso de la vida personal posterior del niño.

En tercer lugar, estas observaciones nos debieran dar mucho más confianza en nuestro trato con los niños como con los adultos. Ellos nunca perderán las impresiones buenas y sagradas que seamos capaces de darles, aunque no hayan estado conscientes de las impresiones que hayan recibido. Llenando su subconciencia con impresiones sagradas, se nos permite tomar parte en la formación de su vida personal futura.

Esto también nos dará confianza en nuestras relaciones con los adultos, especialmente con los que no son salvos. Oramos por ellos y les hablamos acerca de la única cosa necesaria; mas ellos se aburren con nuestras exhortaciones y endurecen sus corazones. Viven su vida mundana irreflexiva e indiferentemente. Es el saber esto lo que nos desanima y abate.

Por consiguiente, conviene tener conocimiento de la vida subconsciente y darse cuenta de todas las impresiones que en ellas dejamos por medio de nuestros hechos, nuestras palabras, nuestra actitud y nuestro espíritu, se acumulan en el subconsciente y ni una se pierde. Mientras viven su vida consciente frívola y descuidadamente, su subconciencia está trabajando lenta pero seguramente con las impresiones recibidas, y se dará el día en que transmitirá el resultado de la vida consciente en forma de un pensamiento de Dios que tendrá poder tan peculiar que logrará concentrar toda la vida espiritual en torno a sí.

Es entonces cuando decimos que la persona ha sido avivada o despertada. Aquí tenemos la historia del antecedente psicológico del despertamiento, a saber, cómo se prepara lentamente en las profundidades del alma, aunque ni nosotros ni la persona misma lo notemos durante ese tiempo.

Al explicar psicológicamente el despertamiento no pretendo obscurecer o desestimar la obra del Espíritu en el despertamiento de la persona; sólo deseo mostrar *donde* trabaja el Espíritu. Durante toda la preparación del despertamiento, el Espíritu obra en la subconciencia del hombre en forma que no podemos trazar definitivamente; sólo sabemos por las Escrituras que tiene acceso a obrar en la vida subconsciente. Así, por ejemplo, se dice que Juan el Bautista estaba “**lleno del Espíritu Santo aún desde el vientre de su madre**”. (Lucas 1:15).

Es de notar que esta apacible obra del Espíritu Santo en la subconciencia, que conduce al despertamiento del hombre, no le quita a éste la responsabilidad que le corresponde, al percatarse de su condenación y de la gracia ofrecida en Cristo. Pues el hombre es responsable o culpable si rechaza la salvación. (Véase Juan 1:11-12; Juan 3:36; Josué 24:15; Ezequiel 33:9-11). Esta obra de gracia puede ser rechazada por el hombre. Pero a todos los que reciben a Cristo, Dios les da poder de ser hechos hijos de Él; es decir, **a los que creen en su nombre**, o sea, en Cristo (Véase Juan 1:12; Juan 3:16; Romanos 1:16). La Palabra de Dios enseña que el hombre es totalmente impotente en lo que respecta a la salvación, y por ende no puede arrepentirse no recibir a Cristo o creer en ÉL sin el poder que Dios le concede. De igual modo es cierto que si rechaza a sabiendas la salvación, no le queda excusa alguna.

Se habla de *conversiones repentinas*. Esto es absolutamente cierto; pues en efecto, toda conversión es instantánea. Pero el Espíritu Santo usa ciertos actos preparatorios tales como el inculcar la ley divina, el convencer al pecador de su culpa y condenación, el infundir en él los terrores de conciencia, y cosas similares. Aunque estos actos en realidad no convierten al pecador, no obstante lo *preparan* para la conversión. La conversión se efectúa sólo en el instante en que el Espíritu Santo, por medio del Evangelio, transforma al alarmado y desesperado pecador en un gozoso creyente en Cristo.

Esta circunstancia nos proporciona confianza cuando oramos por la conversión del pecador y diseminamos el Evangelio mediante la obra misionera. Debemos gozarnos en el hecho de que el Espíritu Santo obra apaciblemente en la subconciencia del individuo y que Dios nos utiliza como testigos en la obra de la conversión del pecador. El Señor oye nuestra oración cuando le pedimos que bendiga su Palabra y la obra del Espíritu Santo en el corazón de nuestros semejantes. San Pablo nos estimula a pedir al Señor que su Palabra corra y sea glorificada entre los hombres. He aquí, pues, la importancia de la *oración intercesora*. Por medio de ella sentimos que estamos acompañando al Espíritu Santo en la gran obra de la conversión y la salvación del hombre.

LA VIDA INCONCIENTE

1. ¿Qué se efectúa en el niño en el momento del bautismo?

2. ¿Cuáles argumentos da el autor para demostrar que la vida inconciente de una persona es mucho más amplia que la vida consciente?
3. ¿En qué forma ayuda la vida espiritual inconciente al cristiano en su trabajo?
4. Si el niño al nacer está en una relación con el pecado y el diablo, aunque no esté consciente de ella, ¿qué sucede cuando ese niño es bautizado?
5. ¿Por qué ningún adulto puede llegar a ser hijo de Dios únicamente por la obra de Dios sobre la vida inconciente?
6. ¿Qué significa la frase “lo consultaré con la almohada” en cuanto a tomar una decisión en la vida diaria?
7. ¿Qué papel juega la vida inconciente en la formación de la vida espiritual de una persona?
8. ¿Qué relación existe entre la obra del Espíritu Santo en el despertamiento espiritual de una persona y la vida subconsciente?
9. ¿Hata qué punto es responsable la persona al aceptar ó rechazar la salvación?
10. ¿Cuáles actos preparan al pecador para la conversión?

CÁPITULO III – EL BAUTISMO Y LA PALABRA

Siguiendo este examen tanto de lo que es el Bautismo como de la naturaleza psicológica del niño, vamos ahora a investigar la relación que existe entre la gracia que Dios ha dado al niño en el Bautismo y la que desea impartirle por conducto de los otros medios de gracia, especialmente por la Palabra.

Para que podamos tener un concepto general, examinaremos primero esta relación en el período inconciente de la vida del niño, luego en el período consciente de la vida del mismo, y después en los años de transición, cuando el niño pasa de la niñez a la edad adulta. Y, finalmente, examinaremos la relación que existe entre el efecto del Bautismo y de la Palabra en aquellos que han caído de la gracia bautismal pero que son avivados de nuevo y convertidos.

1. EN LA NIÑEZ INCONSCIENTE

Puesto que en este período de su vida el niño sólo vive en lo inconsciente, sólo podemos hablar en el sentido figurado de la influencia de la Palabra sobre él. Creo, sin embargo, que es conveniente decir algo referente a este tema, ya que el pequeñuelo bautizado ha de ser, también durante este período, objeto de la gracia de Dios como Él lo ha ordenado mediante los otros medios de gracia, aunque esta influencia sea parcial e imperfecta debido al estado de desarrollo en que se encuentra el niño. En realidad el niño debe estar completamente rodeado de la gracia de Dios desde el mismo momento en que es bautizado para que su vida entera sea formada por la gracia salvadora de Dios y llenada con ella.

Desde el momento del Bautismo el niño es hijo de Dios. En ese mismo momento es unido vitalmente con Cristo y viene a ser miembro de su cuerpo; por lo tanto, el niño es miembro ya de *la comunión de los santos*. Respecto a esto, no importa que la rama sea pequeña, ya que, aún así participa de la unión vital con todas las otras ramas del tronco.

Si pensásemos un poco más en esto, trataríamos de otra manera a los pequeños, no sólo a los nuestros, sino también a los de otras personas. Apenas nos apercebimos de ellos cuando visitamos hogares. Pero si les mirásemos como miembros de la comunión de los santos, sacrificaríamos tiempo e interés por ellos y les ayudaríamos en algo u oraríamos por ellos.

Además, es la voluntad del Señor que estos pequeñitos reciban el beneficio de la comunión de los santos desde el mismo momento en que son recibidos en ella por medio del Bautismo. Por *conducto nuestro* el niño deberá recibir de Dios impresiones inconscientes. Debemos influir en el niño, usando todos los medios que poseemos, para ponernos en contacto con él en esta etapa de su desarrollo. Estos medios no son pocos.

En primer lugar, debemos influir en el niño por medio de nuestras *oraciones*. No hablaré en detalle sobre esto, porque ya lo hemos tratado. Sólo recalcaré que éste es el medio por el cual podemos influir en el niño aun antes de nacido y, el medio por el cual podemos tener a cualquier hora la influencia más firme en la vida interior del niño.

En segundo lugar, influimos en el niño por medio de nuestro *espíritu*. Es evidente que tanto nuestras palabras como nuestros hechos ejercen una influencia enorme sobre el niño, aún mayor de lo que podemos imaginar o de lo que el niño puede darse cuenta. Pero mayor y más fuerte que ésta es la influencia de nuestro espíritu, estos son, de *nuestra misma vida interior*, de la cual dimanar nuestras palabras y hechos como pequeños vástagos. El espíritu de una persona influye en los que la rodean aun cuando no pronuncie ninguna palabra ni ejecute ningún acto.

Deberíamos notar que de la misma manera que Juan el Bautista fue llenado con el Espíritu Santo *desde el vientre de su madre*, de una manera sobrenatural, asimismo nuestros niños se llenan de nuestro espíritu. Es por tanto nuestro espíritu un factor decisivo en la vida del niño a través de todos los años de la niñez, pero especialmente durante los años en que sólo podemos influir en él por medio de su vida inconsciente.

Es aquí donde encontramos la profunda responsabilidad que recae sobre nosotros los que somos padres o hermanos, o sobre los que tenemos que tratar con niños en cualquier otra condición. No basta con que nuestras acciones constituyan un buen ejemplo para el niño, ni que nuestras palabras sean tan buenas y sinceras que llenen sus pequeñas almas con piadoso contenido. Nuestro espíritu es aún más importante. Debemos poner el énfasis principal en satisfacerlo, si no queremos perjudicar o destruir completamente la vida espiritual de nuestros niños desde el primer momento.

Muchos padres no se imaginan cómo perjudican a sus niños por medio de su espíritu infiel, impuro, vano y egoísta, causando mal a sus niños durante los años decisivos en que está formando la vida consciente. ¿Qué diremos, según esto, de aquellos padres que por su ansia de placeres apenas ven a sus niños durante estos primeros años y los dejan a merced de ciertas criadas que llenan las pequeñas almas con su espíritu frívolo, impuro e hipócrita?

Por otra parte, hay muchos padres que benefician a sus niños más de lo que ellos se imaginan, viviendo de tal manera que los chiquitos tienen el privilegio de respirar, desde el primer momento, el aire puro y santo de un hogar temeroso de Dios. Esto equivale a más que el proveerles de buenos vestidos, muchos juguetes y un hogar cómodo, o dejarles una gran herencia. Recuerda esto tú que eres o vas a ser padre o madre.

* * *

Desde el primer momento, pues, el niño debe encontrar algo de lo divino en sus padres. Y con esto se repite en la vida del niño algo que es evidente en la historia de Israel : Lo primero que Dios pudo revelar a este pueblo en su infancia fue su voluntad, o sea su santa Ley. De igual manera es esta santa voluntad divina la primera cosa por la cual el niño puede recibir una impresión de Dios. El niño debe encontrar la voluntad de Dios primeramente en la voluntad moral de sus padres, por medio de la *disciplina*. Muchos padres no se preocupan de esto. Su disciplina por ende resulta muy casual, y en la mayoría de los casos, sólo se propone evitar que el niño haga algo que por el momento desagrade a los padres.

El niño lleva dentro de sí mismo la vida natural de pecado. Luego es tarea de los padres contrarrestar mediante la disciplina el egoísmo y la obstinación del pequeño, ya que las primeras impresiones que entran en la subconciencia del niño son las que han de contribuir en la formación de su personalidad futura.

La obstinación en el niño se deja ver inmediatamente. Lloro hasta que consigue lo que quiere. Si no logra salirse con la suya llora aún más, y si entonces se le mima, conservará en su subconciencia la impresión decisiva de que para salirse con la suya sólo es necesario llorar.

En esta terquedad subconsciente de los niños a la que los padres tienen que imponerse con la disciplina. “Pero:”, preguntan muchos padres, “¿cómo puede imponérsele disciplina

a un chiquito, si no entiende ni una palabra, ni un ademán nuestro?” La respuesta es muy sencilla : La disciplina deberá dirigirse a la subconciencia del pequeñuelo, quien no tardará en percibir el propósito de la disciplina. Déjelo llorar cuando quiera y no complazcan sus gustos ni sus caprichos y entonces verán cómo la subconciencia le hará saber muy pronto que es inútil llorar. SI el niño ha tenido la experiencia de llorar un rato tres noches seguidas, por ejemplo, sin que haya sido alzado y arrullado, la cuarta y todas las noches siguientes dormirá en paz. Así, ni el niño llorará tanto ni los padres tendrán que perder sueño y debilitarse a socorrer constantemente al pequeño tirano cada vez que le ocurra llorar.

“Pero”, dice la tierna madre, “¿y si el niño está llorando porque está enfermo?” Claro está que en ese caso es necesario averiguarlo, lo que tampoco es difícil. Si el niño está bien cuidado y alimentado a sus horas debidas, si está calentito y seco, y su apetito es bueno y su temperatura normal, se le puede permitir que llore cuanto quiera. De este modo su pequeña vida adquirirá rápidamente buenos hábitos : dormirá, comerá, canturreará, se reirá y jugará con sus dedos hasta que se duerma nuevamente.

La educación o crianza del niño, aún en la infancia, es su primer encuentro con la voluntad de Dios. Por medio de esta expresa y determinada disciplina paternal, el niño se encuentra por primera vez con la voluntad inexorable y absoluta a la que es inútil oponerse. Esto constituye, al mismo tiempo, la única impresión de la soberanía de Dios que el niño puede recibir en esta edad. Pero ésta podrá ser una fuerte impresión si los padres ejecutan fielmente esta disciplina.

Esta disciplina debe continuar durante la niñez, pero debe ser ampliada y ejecutada por más medios y métodos, de acuerdo con el desarrollo de la vida consciente del niño. El elemento esencial en toda disciplina consiste en que el niño a través de toda su infancia encuentre en el padre y la madre una inflexible voluntad moral que no pueda cambiar ni con lloros, ni con ruegos, ni con argumentos. Por lo tanto, la *obediencia* del niño es la señal más segura de que ha sido bien criado. El niño debe acostumbrarse a obedecer *inmediatamente* la palabra del padre y la madre, sin poner reparos; por esta razón, ni impongan *muchas reglas* para la vida diaria del niño. Pero deben ser lo suficientemente pacientes y consecuentes para exigir que obedezcan las reglas que pongan.

Una disciplina de esa naturaleza durante la infancia del niño será de importancia decisiva para vida eterna.

En primer lugar, al niño que desde el primer momento encuentra la santa y absoluta voluntad, a la que ha sido inútil oponerse, y que desde un principio tiene estampada en su subconciencia la impresión de que su propia voluntad debe condescender, le será más fácil, en lo sucesivo, someterse a la disciplina de sus padres. Por lo tanto, ésta será menos penosa tanto para él como para ellos.

En segundo lugar, a este niño le será más fácil el someter su voluntad a la de sus hermanos y de otros niños. Por consiguiente, tendrá una infancia más libre y más dichosa.

En tercer lugar, le será más fácil a tal niño hallar su lugar correspondiente en la sociedad y someterse a las leyes del país. En cambio, aquellos niños que, con lloros lograron lo que les vino en gana cuando tienen algún capricho o deseo, han sido, en efecto, educados por sus sentimentales padres para una carrera de crimen. Observen, por ejemplo, al pequeñito de tres años que cuando se enoja se tira al suelo, le escupe a su propia madre, pateo y pega a todos lados. ¿No perciben al criminal en tal pequeño? Lo único que falta es la fuerza para llevar a cabo lo que él en su mente brutal e indomada desea hacer. Cuando la obstinación de este niño haya sido mimada diez o doce años más, y se hayan multiplicado su terquedad y fuerzas físicas, estará muy bien preparado para una carrera criminal.

En cuarto lugar, el niño que ha aprendido desde su infancia a someter su propia voluntad a la voluntad de Dios mediante la disciplina ejercida por sus padres, ha ganado en tal forma una gran ventaja en cuanto a su relación para con Dios. Le será más fácil permanecer en la vida bautismal con Dios, porque le será más fácil arrepentirse nuevamente, puesto que lo más difícil del arrepentimiento es el someter por completo nuestra propia voluntad a la de Dios. Y este niño ha sido criado haciendo esto, tanto subconsciente como conscientemente, desde su infancia.

1. *¿Cómo influyen los padres en el subconsciente del niño desde el momento que él nace?*
2. *¿Cómo se puede disciplinar al niño recién nacido?*
3. *¿Cómo expresa un niño pequeño su maldad innata?*
4. *¿Cómo pueden contrarrestar los padres esta tendencia?*

2. EN EL PERÍODO CONSCIENTE DE LA NIÑEZ

La gran comisión de Jesús nos manda a hacer discípulos de todos, bautizándolos y enseñándoles a guardar todas las cosas que Él ordenó.

La Palabra, como medio de gracia, ha de entrar, por tanto, y hacer su obra juntamente con la gracia del *Bautismo*. Tan pronto como los niños nos entiendan cuando les hablemos, debemos hablarles acerca de Jesús. No obstante, muchos difieren esto para más tarde porque piensan que es inútil hablarle al niño de estas cosas sublimes a santas antes de que tenga suficiente edad para “entenderlas”, lo cual es debido a una mala comprensión de la naturaleza del niño.

La facultad del niño, mientras es niño, no se basa en “entender” la realidad que experimenta, o sea, en el pensar sobre ella y hallar la relación lógica o racional entre sus experiencias. Por el contrario, la facultad del niño reside en recibir impresiones vitales y fuertes de todo lo que ve y oye. El sentimiento y la imaginación son los sentidos más desarrollados en el niño y por medio de estos asimila muchas más impresiones de la realidad que las que nosotros los adultos, por lo general, nos podemos imaginar, porque

nuestra actitud hacia la realidad que experimentamos es esencialmente cognoscitiva y reflexiva y no intuitiva e irreflexiva como la del niño.

Como resultado natural de esto, el niño se apodera de mucho más de lo que “entiende” de cuando le referimos acerca de Jesús, siempre que se le cuente en forma infantil, esto es, por medio de palabras y expresiones que el niño está acostumbrado a oír y usar, y en forma descriptiva y gráfica para que se excite su imaginación y todo quede vívidamente retratado antes su vista interior.

* * *

En cuanto a la relación que existe entre la *Palabra* y *el Bautismo*, hay dos conceptos que se han hecho sentir y, como son muy comunes, tendremos que discutirlos antes de proseguir.

El uno pone énfasis, y con cierto, en que el Bautismo es el medio por el cual es regenerado el pequeño. Según este concepto, el niño tiene vida con Dios desde el momento en que es bautizado. Luego viene la Palabra como el medio por el cual la vida bautismal que posee el niño despliega su inherente vitalidad, bajo la obra de nutrición y guía, de esa misma Palabra.

Donde se permite que la Palabra ejecute su obra por medio del hogar, la escuela y la iglesia como instituciones cristianas, la vida bautismal se desarrollará tranquilamente. Sin embargo, este crecimiento no es igual en todos. En algunos crece rápida y vigorosamente; en otros, por el contrario, lenta y míseramente. También puede crecer en forma absolutamente distinta en las diferentes etapas de la vida del individuo. Durante ciertos períodos, sean en la niñez o en la edad adulta y, bajo fuertes impulsos espirituales, puede ser que lleve una vida abundante en Dios, pero en otras ocasiones la influencia mundana puede ser más fuerte, de tal manera que sus intereses religiosos decaen y la persona puede hasta olvidar a Dios.

Sin embargo, a este modo de pensar no le interesan el avivamiento y el arrepentimiento, ni da lugar a ellos. Afirma que la vida con Dios no ha muerto y el germen de la vida bautismal yace en las profundidades del alma. Está simplemente cubierto por la mundanalidad, y sólo necesita que se le extraiga, cosa que debe hacer la Palabra. La Palabra, a su vez, puede hacer esto de la manera más simple y fácil, hablándoles a estos cristianos mundanales acerca de su bautismo, y explicándoles que son hijos de Dios desde el momento en que fueron bautizados. En tal forma estas personas irreflexivas se darán cuenta de que han abandonado su vida con Dios, y empezarán a atenderla y cuidarla nuevamente.

Este modo de pensar no puede reconocer el avivamiento ni el arrepentimiento en el sentido de ser un *rompimiento decisivo* con la vida pasada, puesto que tal rompimiento sería fundamentalmente opuesto al concepto mismo, es decir, que la vida bautismal de la persona mundana nunca se ha extinguido. Aquí no puede haber rompimiento, sino únicamente una línea de vida que con frecuencia puede desviarse de su curso, pero nunca se rompe.

Basándose en este principio fundamental es natural que la función de la Palabra, respecto a aquellos que han sido bautizados, se conciba como una función *educativa*. El objeto de la influencia cristiana del hogar, la escuela y la iglesia es el de estimular, impulsar, guiar, amonestar, disciplinar y corregir al hijo de Dios, sea niño o adulto, conforme a su conducta, ya sea como un buen y obediente hijo de Dios dispuesto a aprender o como uno que es recalcitrante. El punto más importante en toda educación es el acudir a lo mejor en el niño, es indispensable que se entienda bien el hecho de que el bautizado es hijo de Dios. De este modo, él mismo se dará cuenta fácilmente de lo irrazonable que es su actitud para con Dios y para con el hombre.

Por esta razón se sostiene la opinión de que la predicación que se refiere a esta gente como muerta y apóstata no se ciñe a la pedagogía ni a la psicología, y sólo desanimará a estos desobedientes hijos de Dios, los desconcertará, y en esa forma hasta impedirá, tal vez, que se sobrepongan a su desobediencia y obstinación.

Como en todo sistema de educación, la influencia tranquila del hogar, de la escuela y de la iglesia, por medio de buenos ejemplos y sanos hábitos de vida, es también aquí la más efectiva. Se debe guiar al niño dentro de la vida religiosa común del hogar cristiano, mediante cultos familiares, cánticos de fe y una buena y sana vida hogareña. De este modo, se acostumbrará muy pronto a tomar parte en cultos especiales para los niños y a su debido tiempo tomará parte en la obra cristiana de la iglesia y participará en ella como cosa más natural.

Además, según este concepto, no se debe exigir demasiada piedad de la vida religiosa de estas personas. Aunque sean todavía bastante mundanas debiéramos aceptar su ayuda en la obra cristiana con gozo y gratitud, porque es precisamente esta obra la que los ligará con la iglesia y con la cristiandad y les dará más fuerzas para oponerse a las tentaciones de la mundanidad. La confianza que se pone en ellos será una poderosa palanca moral en ésta como en cualquiera otra educación.

La otra opinión respecto a la relación que existe entre el Bautismo y la Palabra no ha sido bien analizada ni se ha presentado con claridad a la inteligencia, y es por consiguiente más difícil de exponer. Pero de todos modos la esencia de ella consiste en que recalca tanto el avivamiento y el arrepentimiento que no puede dar lugar a una verdadera regeneración en el bautismo de niños. De ningún modo quiere negar este artículo de nuestra fe, ni aun se da cuenta de que está en desacuerdo con nuestras Confesiones (enseñanzas básicas) Luteranas.

No obstante, con tanto énfasis se sostiene que la verdadera vida con Dios se alcanza principalmente por medio del efecto conversivo y avivador de la Palabra, que el efecto regenerador del Bautismo queda casi totalmente marginado en la predicación y en el pensar de los oyentes. Nunca se menciona el Bautismo excepto cada vez que se desea amonestar a los oyentes contra una confianza equivocada que afirma que el Bautismo es suficiente.

No es fácil decir qué se sostiene así acerca del benigno efecto del Bautismo. Pero cuando tal predicación se efectúa consecuentemente conducirá a esto : que el Bautismo no se considere como regenerador, sino únicamente como parte de la gracia preparatoria de Dios, que, como el efecto preparatorio de la Palabra, tiene por objeto el despertamiento y la conversión.

Al tratar de decidir respecto a estas dos opiniones, comenzaremos por favorecer la que se mencionó primero, en cuanto a que pone mucho énfasis en el efecto regenerador del Bautismo en el niño. Esta verdad establecida no debe ser alterada, ni por causa de la dificultad de *entender* la regeneración del niño, ni por causa de la dificultad de reconciliarla con la predicación del despertamiento y el arrepentimiento.

El niño renace en el Bautismo. Este nacimiento es como cualquier otro, un suceso al que no puede después añadirse nada. En el Bautismo el niño llega a ser un verdadero hijo de Dios.

Pero en cuanto a la relación que existe entre el Bautismo y el despertamiento y el arrepentimiento, hemos que disentir del primer concepto ya mencionado.

En primer lugar, nos oponemos a la idea de que una persona bautizada retenga en su interior el germen vivo de la vida bautismal aun cuando esa persona viva en pecado sin admitirlo y sin confesarlo sinceramente. Esta idea no es más que un esfuerzo del intelecto humano por especular acerca de estas condiciones psicológicas íntimas sin mantenerse en la firme base de las Escrituras.

Si dejamos que las Escrituras nos guíen también hallaremos que solo aquellos que tienen al Hijo tienen la vida. **“El que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida”** (1º Juan 5:12). **“Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él”** (1º Juan 2:15). **“Cualquiera pues que quisiere ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios”** (Santiago 4:4). **“Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitaré”** (Juan 15:2). **“Porque este mi hijo muerto era, y ha revivido”** (Lucas 15:25).

Es menester que la Palabra reviva y lleve al arrepentimiento a estas personas bautizadas que por sus pecados y rebelión han extinguido la vida con Dios recibida en el Bautismo. Pues, en el verdadero sentido de estas palabras, les corresponde, como muertos, ser resucitados de entre los muertos. Tienen que romper con su vida mundana y *cambar totalmente su rumbo*, dejar la senda ancha y entrar por la angosta.

Trataremos más en detalle de la relación íntima que existe entre este efecto de la Palabra y la gracia Bautismal, cuando nos toque tratar de la conversión del apóstata.

En segundo lugar, nos oponemos al primer concepto que hemos mencionado también en lo que se refiere a la obra de la Palabra en aquellas personas bautizadas que permanecen en su gracia bautismal. Pues la vida que el niño recibió en el Bautismo no sólo necesita la nutrición y guía de la Palabra, sino que también necesita de la obra del despertamiento y la renovación que Ella hace. Por ahora trataré de demostrar cómo la vida bautismal del

niño es incapaz de dejar su puerilidad y pasar a la vida adulta con Dios, a menos que la Palabra le dirija a través del *despertamiento y el arrepentimiento*.

* * *

Tanto en el niño como en el adulto, la Palabra tiene que quitar todos los obstáculos que impiden que las potencias de gracia recibidas en el Bautismo desarrollen su vida inherente y lleven a cabo su trabajo de crear de nuevo al que es bautizado. Estos obstáculos se encuentran principalmente en la vida consciente así del niño como del adulto.² Por esta razón, la obra de gracia efectuada por la Palabra es necesaria tan pronto como la vida consciente principia a despertarse, porque estos obstáculos se hacen sentir inmediatamente. Comencemos resumiendo brevemente la obra de despertamiento y arrepentimiento que la Palabra hace :

La obra de la Palabra, así en el niño como en el adulto, es la de ayudarle :

- (1) A ver estos obstáculos,
- (2) A tener la voluntad de superarlos,
- (3) A ser capaz de vencerlos.

De acuerdo con esto, la Palabra ha de avivar al niño para que vea cómo él mismo impide que se desarrollen los poderes regeneradores del Bautismo. Y puesto que los obstáculos residen en la naturaleza maligna innata, que el niño recibe en el nacimiento, por lo tanto es menester que persuada la Palabra al niño con respecto a esta maligna vitalidad ingénita.

Esta obra de la Palabra consistente en convencer al niño de su estado pecaminoso debe, como es natural, proceder lenta y gradualmente. No obstante, desde el principio debemos tener a la vista nuestro objeto. Y el fin que perseguimos con el reconocimiento del pecado es que :

- (1) El corazón debe separarse por completo de todo pecado *consciente*.
- (2) La maldad de la naturaleza inherente (el amor hacia el pecado y su enemistad hacia Dios) debe ser reconocido humildemente y, así mismo, reconocer la incapacidad total del hombre de salvarse a sí mismo, de tal manera que el alma sólo confíe en la gracia perdonadora y regeneradora de Dios.

² *En la sección anterior he hecho referencia a algunos de los obstáculos que se encuentran en la vida inconsciente del niño, y de hecho notar los medios más importantes por medio de los cuales podemos ayudar al niño a quitar estos estorbos aún antes de que se despierte la vida consciente.*

Este conocimiento sólo ocurre en forma incompleta, tratándose del niño, hecho que muchos padres no reconocen. Por lo tanto ellos, inducidos por un celo bien intencionado, tratan de obligar al niño a confesar su pecado, para lo cual él todavía no está preparado espiritualmente.

Durante toda su infancia el niño no puede llegar más allá de lo antes mencionado, a saber : reconocer todo *pecado consciente* y separarse por completo de él. Además, estos pecados de que está consciente no encierran gran cosa en el caso del niño, al menos al principio. Por ahora el niño reconoce como pecados sólo unas pocas cosas, especialmente la desobediencia a los padres, las travesuras contra los hermanos, y decir mentiras y malas palabras.

En relación con estos dos últimas cosas, es necesario tener cuidado con el niño en el principio, ya que no es fácil para él distinguir entre lo que ha visto y oído y lo que ha estado imaginando. Es por esto que frecuentemente se le puede sorprender diciendo cosas que no son ciertas. En estos primeros años nos inclinamos a castigarlo por decir mentiras. En estos primeros años debemos tener mucho cuidado de esto, y no debemos castigarlo hasta que estemos seguros de que el niño ha hablado lo contrario a lo que él sabe que es cierto.

También, en cuanto a las malas palabras el niño puede principiar en forma completamente inocente, ya que las ha oído a niños más grandes o a los adultos, y las repite ingenuamente; en tal caso, es esencial no castigar el niño, sino instruirlo y, al mismo tiempo, apartar su atención de estas palabras.

Hay que ayudar al niño a *reconocer* los pecados cuando los vea; pero aquí también, es necesario proceder de acuerdo con las leyes de la pedagogía y no agobiar al niño con c preceptos morales que todavía no es capaz de entender.

Debemos, entre tanto, no sólo ayudar al niño a ver y reconocer más pecados, sino que debemos sobre todo ayudarle a tener *un concepto más profundo del pecado mismo*; por tal razón debemos tratar de dirigir sus *pensamientos* hacia la raíz del pecado, la mente pecaminosa. Aunque esto no es fácil, hay ciertos pensamientos pecaminosos que el niño pronto reconoce como pecados; a saber. Sus pensamientos de ira, de odio y de envidia, más tarde los pensamientos vanos y ambiciosos y, finalmente, los pensamientos impuros, ya hacia fines de la niñez cuando surgen los deseos con imágenes impúdicas.

En el reconocimiento del pecado, lo más importante para todos nosotros es sentir verdadero pesar por causa del *pecado mismo* y no sólo por causa de sus *consecuencias*. Debemos, por lo tanto, tener por objeto el fomentar en el niño un profundo y sincero pesar porque ha agraviado a Jesús con sus pecados. Sin duda, éste es el problema más difícil de la pedagogía, y al resolverlo debemos valernos de todos los medios que tengamos a nuestra disposición.

Cuando el niño ya ha hecho algo malo y tengan que disciplinarlo, sobre todo deben hacerle entender cuánto les apesadumbra que él haya pecado. Por esta razón, nunca deben disciplinar al niño cuando estén enojados, porque así le infundirán *temor* y no

remordimiento. Antes bien, cuando disciplinen al niño, deben mostrar que les apesadumbra el tener que castigarlo, y más que todo, que están tristes porque él ha pecado. Si les es natural el llorar, dejen que vea sus lágrimas, que ellas serán como fuego en el alma del niño y serán efectivas mientras él viva.

Cuando hayan disciplinado al niño, o al menos cuando lo hayan castigado más seriamente que de costumbre, siempre deben terminar el castigo con una oración a Dios, y entonces deben ayudar al niño a pedirle perdón a Jesús. Oren primero, y luego dejen que el niño mismo ore. Y cuando lo haya hecho, deben *declarar* al niño el *perdón de sus pecados* y entonces deben abrazarlo con cariño y decirle que ha recibido su perdón y también el de Jesús, de tal manera que el asunto se olvide y todo quede bien otra vez. Luego Jesús ayudará al pequeño a ser bueno y a no cometer la falta nuevamente.

Si se sigue este procedimiento, poco a poco la conciencia del niño se ligará a Jesús y de esta manera su relación con Dios sería algo más que sentimientos piadosos durante la oración. El niño debe aprender a conocer que está ligado, por su conciencia a Jesús, antes de pecar, y a sentir profundo pesar después de pecar, por haber agraviado a Jesús.

Si tenemos éxito en este aspecto de la educación del niño, éste se preparará poco a poco para una vida con Dios más independiente, que procede, de manera natural, de la dependencia del niño de sus padres. En la *temprana infancia* el niño debe depender de sus padres tanto religiosa como moralmente, pero en la niñez *subsecuente* debe, poco a poco, libertarse interiormente de esta dependencia para que principie a comunicarse con Dios en privado y no sólo cuando está con otros en los cultos de la familia y las oraciones antes de acostarse.

Esto se puede llevar a cabo de la manera más simple y natural, desarrollando la conciencia de la manera como acabamos de referir. El resultado será que el niño mismo sentirá el deseo de hablar con Jesús acerca de las cosas con las cuales lo ha agraviado. En verdad es una de las más gozosas experiencias que tenemos con nuestros hijos cuando por primera vez estamos seguros de que el pequeño, *por sí solo*, ha buscado a Jesús para reconciliarse con Él y recibir perdón.

Así, de modo natural se conduce al niño a usar la Palabra de Dios por su propia cuenta. Debemos proveer a nuestros hijos con su Nuevo Testamento tan pronto como hayan aprendido a leer. Para principiar debiéramos asignarles cuanto deben leer diariamente, ya que es esencial que a los niños se les den asignaciones definidas, porque de otra manera les parecerá insuperable la lectura y se cansarán muy pronto.

Con todo esto se conduce a que el niño busque ayuda en la conversación con sus padres acerca de su vida espiritual. Debemos orar a Dios por esta confianza íntima, y si la hemos recibido debemos pedir a Dios fervorosamente que nos ayude a retenerla. Esto por dos razones: En primer lugar, porque es una bendición, tanto para los padres como para el niño; y, en segundo lugar, porque es de un valor inestimable para el niño durante los difíciles años de transición.

Así como el conocimiento que tiene el niño, respecto al pecado es incompleto e imperfecto, también lo es el conocimiento que tiene de la gracia divina. El niño no tiene los fundamentos necesarios para comprender las cosas más íntimas y profundas de la gracia de Dios, precisamente porque no conoce todavía las profundas raíces de su pecado, a saber, que su corazón ama el pecado y tiene enemistad contra Dios.

* * *

Antes de que dejemos el estudio de la edad infantil para pasar al de los años de transición, debemos ocuparnos del problema de los niños que han apostatado del pacto bautismal.

Primero diremos unas pocas palabras acerca de la apostasía de los niños en general. Como lo mencionamos antes, hay algunos que niegan la posibilidad de que un niño bautizado apostate de Dios; sostienen que la vida que el niño recibe en el Bautismo no muere, aunque el niño no busque a Dios en oración, ni en la lectura de la Palabra, ni reconozca su pecado y luche sinceramente contra él. Esta opinión, empero, es contraria a las Escrituras, como ya lo hemos demostrado. Y tenemos que sostener que los pasajes de las Escrituras que antes citamos se refieren tanto a los niños como a los adultos. Acerca de la apostasía de los niños acordémonos, para nuestro consuelo, que un niño bautizado *no puede* apostatar de Dios, mientras viva en la vida inconsciente únicamente.

En segundo lugar, en la primera parte de la vida consciente del niño *no puede él por sí mismo* apartarse de Dios. Si la vida bautismal del niño muere durante estos años, la culpa es de los padres. En ese caso se han descuidado de dar a la vida espiritual del niño la nutrición y guía que necesitaba tan pronto como la vida consciente principió a despertarse en él.

En tercer lugar, hacia la mitad del camino entre la edad de dos años y la transición del niño a adulto, el niño alcanza una vida volitiva y consciente, desarrollada hasta tal punto que tiene las capacidades psicológicas necesarias para determinar su propia relación filial con Dios. En esa edad el niño mismo *puede* apartarse de Dios.

Respecto a los indicios que puedan demostrarnos que un niño ha apostatado, debemos observar, por una parte, que tanto en el caso del niño como del adulto es asunto de la vida interior y no únicamente de formas religiosas externas, tales como la oración, la lectura de la Palabra y la asistencia a los cultos divinos. Todo depende de la actitud en que el niño lleve a cabo estas prácticas religiosas, aunque, como es natural, no podemos esperar la misma madurez mental que tiene el adulto, sino que todo lo hará en forma infantil. La prueba de que hay vida en los ejercicios religiosos del niño es evidencia en el hecho de que el niño sinceramente confiesa a Dios aquellos pecados que le son conocidos. EL niño que vive en pecados conscientes sin reconocerlos y sin luchar contra ellos ha apostatado de Dios aunque ore y lea la Biblia.

Entre tanto, es necesario tener en cuenta que el niño depende de la orientación cristiana de sus padres. Como ya hemos advertido, los padres deben llevar sus hijos al Señor y ayudarles a pedir a Dios el perdón de los pecados. Expresaré, pues, esta relación del modo

siguiente: ha apostatado de Dios todo aquel niño que rehúsa pedir a Dios de todo corazón, que le perdone los pecados de que es consciente, en particular, cuando los padres lo aconsejan para que se arrepienta y se reconcilie con Dios.

Si de este modo un niño ha apostatado de Dios, debemos enseñarle la Palabra de Dios con el propósito de conducirlo al *avivamiento* y al *arrepentimiento*.

La fe siempre depende psicológicamente del *arrepentimiento* y de la *reconciliación*. Así sucede aún en el trato común de las personas. Por ejemplo, si yo he ofendido a una persona, la relación de confianza entre los dos no puede ser restablecida hasta que yo me dispongo a confesar la ofensa que he cometido contra la persona ofendida, aunque ésta tenga la buena voluntad de perdonarme.

Es por esta razón que debemos hablar al niño apóstata con el propósito de guiarlo hacia el avivamiento y el arrepentimiento. Decir a estos niños que Jesús no se halla ofendido por lo que han hecho, es una tergiversación del evangelio. Al contrario, debemos decirles que han contristado a Jesús. Debemos, además, hablarles acerca de su pecado; a saber, que ellos, no quieren que Jesús les vigile la vida diaria y que no prestan atención a los reproches de su conciencia. Pero, al mismo tiempo debemos decirles que Jesús desea salvarlos de esa vida malvada y falsa. Debemos decirles que Jesús padeció y murió por ellos. No hay nada tan efectivo como esto para desvanecer la obstinada oposición del corazón de los pequeñuelos. Asimismo debemos decirles que Jesús está esperando que ellos vayan y le digan las cosas tal como son y que entonces les perdonará todo.

No obstante, esto debe hacerse saber al niño en una forma que se adapte a su entendimiento, condición que muchos pasan por alto en el hogar como en la escuela cristiana.

EL BAUTISMO Y LA PALABRA

1. Puesto que el niño es hijo de Dios desde el momento de su bautismo, ¿de qué manera pueden los mayores influir en la vida espiritual de él aún durante su vida inconsciente?
2. ¿En qué forma influyen nuestros espíritus sobre el espíritu del niño durante su niñez?
3. ¿Cómo capta el niño lo que es la voluntad de Dios para su vida?
4. ¿Por qué es tan importante enseñar al niño obedecer a sus padres?
5. Cite algunos pasajes bíblicos que enseñan que una persona bautizada no retiene el germen vivo de la vida bautismal cuando esa persona vive en el pecado y en rebeldía contra Dios.

6. ¿Cuándo se debe castigar al niño por el uso de malas palabras?
7. ¿Cuál es la diferencia entre el niño que siente pesar por causa del pecado mismo y el niño que siente pesar por causa de las consecuencias del pecado?
8. ¿Por qué no se debe disciplinar al niño cuando uno está enojado?
9. Enumere los pasos necesarios para que un niño bautizado vaya de la dependencia de sus padres en asuntos espirituales hacia una vida independiente con Dios?
10. ¿Cuál es el signo más claro de que un niño ha apostatado de Dios?

3. EN EL PERÍODO DE TRANSICIÓN

Deseo ahora hablar acerca de la transición religiosa de niño a adulto, experimentada por el niño que *teme* a Dios.

En el Bautismo el niño llega a ser hijo de Dios y desde entonces vive como tal, reconociendo todo pecado consciente y oponiéndose a él. Jesús dice que el pequeño, en su relación con Dios, debe servir de modelo a los adultos. Por lo tanto, a algunos se les podría ocurrir preguntar si el niño necesita experimentar un especial avivamiento y arrepentimiento durante la transición de niño a adulto.

A esto responderé diciendo que la vida espiritual del niño es, en verdad, un ejemplo para nosotros los adultos, considerada *desde cierto punto de vista*; pero, al mismo tiempo, *considerada desde otro punto de vista*, hay algo de *incompleto e imperfecto* respecto a la vida espiritual del niño. Pablo expresa esto de la siguiente manera: “**Cuando yo era niño, hablaba como niño, pensaba como niño, juzgaba como niño, más cuando ya fui hombre, dejé lo que era de niño**” (1° Corintios 13:11).

Ahora trataremos de mostrar lo que sucede cuando el niño que teme a Dios deja las cosas de niño en su vida espiritual.

* * *

Vimos antes que el niño que teme a Dios llega a tener gradualmente un concepto más *profundo* de su pecado. La facilidad con que pueda progresar este desarrollo depende principalmente de dos factores, uno, subjetivo y otro objetivo. El primero es que el niño reciba, ya de sus padres o de otros, la guía u orientación que necesita respecto a esto, que esta guía no se da única y exclusivamente en palabras, sino también por medio de una vida piadosa que el niño pueda ver todos los días. En segundo lugar, que el niño sea escrupulosamente sincero y que siga concienzudamente la poca luz que siempre ha podido ver. En tal caso pasará de menor a mayor luz con admirable facilidad.

Su conocimiento progresará muy pronto desde lo extremo, que son los malos hechos y las malas palabras, a lo interno, que es la actitud mental, de donde surgen esos malos hechos y palabras. No hay nada en tal caso que impida a un niño de diez años que principie a darse cuenta de los pecados de la mente y de luchar contra ellos.

Por lo tanto, la batalla del niño contra el pecado se transfiere a un plano diferente. Puede ser bastante difícil para el niño luchar contra pecados de palabras y hechos, pero combatir los pensamientos pecaminosos, los pecados de la mente, es mucho más difícil. Y lo que hace a la batalla en particular ardua es que el niño principia a darse cuenta de los pecados de omisión y no únicamente de los pecados *cometidos*.

Ahora el niño ve que Dios mira la actitud mental que impulsa los hechos y muy pronto surge la pregunta destinada a destruir la paz del niño que teme a Dios: “¿Amas a Dios? Es verdad que oras, lees la Biblia y vas a la iglesia, ¿pero lo haces porque amas a Dios? ¿odias el pecado? No hay duda de que luchas contra el pecado, pero ¿lo haces porque lo odias?

Al principio estas preguntas sólo dejarán perplejo al niño, ya que estos pensamientos son completamente nuevos. El niño no sabe qué pensar ni que hacer. Esto es también un paso en la benigna dirección con que Dios guía al niño que le teme, ya que servirá para quitar la seguridad superficial con que, como niño, decidía todo, inclusive los asuntos religiosos. Sirve, a la vez, para dar al niño un sentido inconsciente o semiconsciente de su total *impotencia*.

A medida que el niño continúa pensando cándidamente en estas preguntas, se verá obligado a decirse a sí mismo: “Yo no odio el pecado; yo lo amo en mi corazón, pero no me atrevo a cometerlo porque temo sus consecuencias temporales y eternas. Claro está que yo puedo envidiar a mis compañeros que se atreven a dar rienda suelta a sus deseos pecaminosos; y puesto que tal es mi actitud hacia el pecado, no tiene nada de raro que mi relación con Dios se haya hecho pedazos. Por supuesto oro y leo la Biblia, pero no lo hago porque amo a Dios, sino porque sé que los que desean ser cristianos deben hacerlo. Es posible que haga todo, ante todo, porque no quiero que mi padre y mi madre sufran la pena de verme abandonar esos hábitos cristianos, pues sé que ellos se sienten muy felices por causa de mi vida espiritual.

Cuando el niño comienza a luchar con estas preguntas, sufre mucho por causa de ellas y se aflige amargamente porque siente que internamente ha fracasado. No obstante, después de algún tiempo puede suceder que ni aun siente esta pena. Ve su condición pero no se siente conmovido, y le parece que su corazón se ha enfriado y endurecido.

El *avivamiento* de este niño bautizado y temeroso de Dios es completo.

Lo que el niño ha visto lo obliga ahora a considerarse como *apóstata*; sólo quedan las formas visibles de su previa vida con Dios, y estas formas no son más que una abominación a Dios.

El niño sabe que es bautizado y que vino a ser hijo de Dios en el Bautismo; también sabe que durante su infancia vivió una vida dichosa con Dios. Pero, ¿qué beneficio le otorga todo esto ahora que ha perdido su vida con Dios y sólo le queda la forma de la piedad?

* * *

¿Por qué tiene que pasar el niño piadoso por esa experiencia de una completa impotencia espiritual?³ Es por la sencilla razón de que esto es esencial para que abandone las cosas infantiles y venga a ser una persona adulta en su relación con Dios. Como ya lo indiqué, es obra de la Palabra indicar al niño bautizado los obstáculos que en sí lleva la vida bautismal; a saber, la naturaleza pecaminosa inherente en el niño desde su nacimiento natural.

La obra avivadora de la Palabra ha estado progresando desde que ella comenzó a influir en el niño; pero ahora, por vez primera, el niño ha llegado a tal estado en su desarrollo psicológico que la Palabra puede completar el avivamiento, esto es, convencerlo plenamente de la naturaleza maligna con que está dotado. De este modo, viene a ver algo que lo despoja de toda esperanza de estar en buenas relaciones con Dios.

Esta experiencia también es necesaria para el niño, no sólo porque tiene que sentir y reconocer el pecado que mora en él, sino porque también es igualmente necesaria para la experiencia de la salvación del niño. Como ya lo indiqué, la experiencia del niño es tan incompleta e imperfecta respecto al pecado como lo es respecto a la gracia. A través de toda su infancia el niño no ha podido comprender a fondo que la gracia de Dios es inmerecida, porque nunca ha sentido la raíz del pecado en su mente, la cual no ama a Dios sino al pecado.

Por otra parte, el niño ha llegado ahora a un conocimiento tal de su pecado que no puede continuar con su experiencia de niño en cuanto a la gracia. Ahora tiene que pasar también a un nuevo plano en la experiencia de la salvación y la certeza de que la posee. Para que la gracia pueda hacer su obra en el niño éste tiene que experimentar la gracia inmerecida, como en realidad lo es.

En el Bautismo, el niño se hace partícipe de la plenitud de la gracia de Dios, pero debido a su condición psicológica sólo ha podido hacer uso de una pequeña porción de la gracia que ha recibido. Pero después, por causa de esta experiencia del pecado, es capaz de sentir internamente la esencia de la gracia bautismal: el hecho de que es inmerecida.

³ *Es de notar que no todos experimentan esto de la misma manera como se describe aquí. Afortunadamente hay personas que han permanecido en la gracia de Dios desde el Bautismo y cuya fe infantil se ha desplegado hermosa y serenamente en la del adulto cristiano, y sin haber pasado por la atormentadora experiencia de sentirse apartadas de Dios. Lo esencial es que la persona llegue a la convicción profunda de que su pecado la hace totalmente impotente en cuanto a su salvación, y que su única esperanza de alcanzar la salvación descansa en la inmerecida gracia que Dios le otorga por causa de la expiación de Cristo.*

Esto se evidencia en el hecho de que el avivamiento afecta al niño que teme a Dios. Exactamente en la misma forma en que afecta al adulto que ha apostatado de Dios. Obra en ambos un conocimiento del pecado que alcanza al corazón, hasta que ambos se sienten totalmente desamparados en el poder del pecado, porque aman al pecado y son incapaces de desprenderse de él.

La diferencia entre el avivamiento en el adulto y el avivamiento en el niño es principalmente una diferencia de tiempo ya que el niño puede durar de doce a quince años; desde los dos años, cuando se despierta la vida consciente, hasta la edad de quince a veinte, cuando el niño pasa de la infancia a la madurez en su vida religiosa. Y en los adultos es posible que el avivamiento se efectúe más rápidamente porque no hay nada de su desarrollo psicológico que lo obstaculice. No obstante, dura por lo general varios años también en los adultos, aunque ni ellos mismos se dan cuenta de ello. (Véase esto en la sección que trata de la vida inconsciente.)

* * *

Cuando el avivamiento del niño que teme a Dios está completo, se le presenta al niño una opción. Esta opción es inevitable, pero lo que ha de elegir se deja para que el niño lo determine.

Si el niño se somete a la convicción que ha alcanzado por medio de su avivamiento, experimenta el arrepentimiento.

Como ya hemos dicho, el niño que ha caído de la viva comunión con Dios, y sólo le quedan las formas superficiales de la vida; ve su corazón pecaminoso que ama al pecado y no a Dios; siente la dureza e indiferencia de su corazón, y cree, por tanto, que está totalmente perdido.

Pero, en medio de este tormento también es sincero; no puede abandonarse al pecado, tampoco puede comenzar a engañarse a sí mismo. El mismo reconoce y confiese a Dios su verdadero condición y la manera como se ha portado. Cuando hace esto, se quebrantan la obstinación y la dureza de su corazón.

Entonces pierde toda confianza en sí mismo y, por lo tanto, no rechaza más la innmerceda gracia de Dios. Por esta razón la gracia puede ahora alcanzar ese corazón. Un corto pasaje de las Escrituras, explicado por el Espíritu de Dios, es suficiente para hacer que lo ilumine. Entonces el niño puede ver que para ser salvo es preciso que no encubra ninguno de sus pecados, sino que, antes bien, se rinda a Aquel que justicia al impío.

* * *

Hemos seguido al piadoso niño bautizado hasta el momento en que, por medio del avivamiento y el arrepentimiento, ha experimentado la gracia innmerceda y recibido la plena certeza de la salvación por medio de la fe en la justicia de Cristo.

Sin embargo, surge de nuevo la pregunta : ¿Cuál es la relación entre el Bautismo y la Palabra? En otros términos, ¿qué significa para este niño el ser bautizado?

Esta pregunta suscita serias dificultades, y esto no sólo al niño que experimenta lo que ya hemos descrito. Por regla general, el niño es incapaz de formarse una idea clara respecto a esta relación. Tal vez, durante esta época, tampoco figura mucho su deseo de tener una explicación teórica, ya que este deseo generalmente se presenta más tarde.

La persona a quien le corresponde ejercer el cuidado espiritual del niño que teme a Dios, durante la edad de transición sentirá también la dificultad. ¿Cómo orientaremos al niño de tal manera que tanto el Bautismo como la Palabra tengan su debido significado y valor para él, de modo que obtenga toda la ayuda que con tanta urgencia necesita durante este período crítico?

No obstante, como lo es generalmente, sucede aquí que la vida *resuelve* los problemas antes que la *mente* lo haga. Con certeza instintiva el niño ha tomado la posición correcta en esta difícil situación, aunque ni siquiera puede dar la razón teórica para su posición.

EL niño toma una posición muy correcta, en primer lugar, en cuanto a su Bautismo. No niega la dádiva del Bautismo; es decir, que por medio del Bautismo realmente vino a ser hijo de Dios. Pero, si niega que su Bautismo es prueba de que él es hijo de Dios hoy.

En este respecto la opinión del niño es enteramente correcta y clara. Si el niño usara su Bautismo como garantía de su vida actual con Dios, sería tan absurdo como si un creyente adulto se valiese de la experiencia de su conversión para probar que ahora tiene comunión con Dios. Por el contrario, el concepto del niño es correcto cuando sostiene que las *previas* experiencias de la gracia de Dios no son pruebas suficientes de que vive con Dios *ahora*, ya que puede haber perdido la vida de gracia que una vez poseía. Y eso es exactamente lo que el niño piensa acerca de el mismo.

Esta es la razón por la cual el niño ahora mira tanto el Bautismo como a su vida espiritual con nueva luz. Ahora comienza a ver que el Bautismo no salva *ex opere operato*, esto es, simplemente por causa de la administración del acto del Bautismo.

El niño adopta un concepto del asunto mucho más bíblico y cristiano. Ve que el acto de la administración del Bautismo no es lo más importante, sino que es importante la actitud que el niño toma hacia la salvación dada en el Bautismo. En el momento en que deja de basar su seguridad sobre el hecho de que es bautizado y de que ha vivido una vida temerosa de Dios, y rinde su corazón mundano, presumido y rebelde a Aquel que justifica al impío, el niño ha asumido la posición correcta respecto a su Bautismo. Entonces, por primera vez en su vida, completamente consciente, recibe el niño la dádiva bautismal tal como es; a saber, como una dádiva de gracia.

De aquí en adelante, el niño no edifica sobre el acto de la administración de Bautismo, ni sobre lo que Cristo ha hecho *en* él. Por el contrario, ahora el niño se adhiere a lo que Cristo ha hecho *por* él, y sobre esto edifica su fe. De esta manera, ha comprendido y se ha apropiado para sí la verdadera dádiva bautismal de la salvación. Pues, como hemos visto,

la dádiva del Bautismo consiste en ponernos en comunión con la muerte y la resurrección de Cristo.

Pero, a pesar de que el niño en un modo práctico toma la posición correcta con respecto al Bautismo, es posible, sin embargo, que no sea capaz de explicar su relación con el Bautismo teóricamente. Y esto es, por supuesto, una pérdida para el niño en diferentes maneras, inclusive la de que demora el desarrollo del niño a persona adulta, como acabamos de describir. Sin duda este proceso se verificaría con más facilidad y en menos tiempo si el niño recibiese esta orientación teórica respecto a la relación entre el Bautismo y la Palabra, entre la regeneración en el Bautismo y el avivamiento y el arrepentimiento..

Vería entonces, que normalmente el *Bautismo* conduce al *avivamiento* y al *arrepentimiento* que ahora experimenta. Por otra parte, vería que la comunión con Dios, la seguridad de la salvación que ahora experimenta durante su avivamiento y arrepentimiento no es nada nuevo ni otra cosa que la gracia que recibió en el Bautismo. Vería que es precisamente la gracia de Bautismo que él ha podido experimentar ahora de manera personal. No puede de ninguna manera recibir más de lo que recibió en el Bautismo, porque en ese entonces fue injertado en Cristo y por ese medio participó de la plena redención que Cristo hizo.

1. Anote los pasos que da el joven piadoso hasta llegar a una completa impotencia espiritual.
2. ¿Qué quiere decir que el Bautismo no salva “*ex opere operato*”?
3. ¿Cómo puede el niño apropiarse para sí la verdadera dádiva bautismal de la salvación?
4. ¿Qué quiere decir el autor con las palabras “Dios no da más de lo que dio en el Bautismo”?

EN SU PALABRA CON LA CONVERSIÓN DEL APÓSTATAS

En la sección anterior titulada *El período consciente de la infancia*, he expuesto los dos conceptos opuestos acerca de la relación entre el Bautismo y la Palabra. El uno sostiene que hay germen de vida bautismal escondido, también en aquellos que viven en pecados conscientes sin confesarlos ni luchar contra ellos. Ya demostré que este concepto es contrario a las Escrituras; por tanto, no trataré eso en esta porción. Simplemente afirmaré que el apóstata tiene que arrepentirse para ser salvo de nuevo (Efesios 5:14; 2º Timoteo 2:25), y puesto que está *muerto* tiene que *revivir* (Lucas 15:24).

La otra opción que presenté no deja lugar para el Bautismo en su predicación, sino que relega la regeneración hasta el momento del arrepentimiento tanto en el caso del niño que teme a Dios como en el del apóstata. El hecho de que el apóstata haya sido bautizado cuando niño lo menciona esta predicación sólo cuando desea prevenir a los mundanos de que no se consuelen con su Bautismo.

No obstante, esta predicación está impulsada por un motivo bueno que no debemos pasar por alto. Desea apartarse del pensamiento antibíblico de que en el apóstata permanece un germen de vida del Bautismo. Desea recalcar el hecho de que el apóstata está muerto en sus delitos y pecados (Efesios 2:15).

Y, en segundo lugar, desea acentuar el hecho de que en el arrepentimiento se crea algo nuevo en él, a saber, la vida con Dios que había perdido cuando apostató. Quiere, asimismo, hacer resaltar el hecho de que cada vez que se convierte un apóstata, se efectúa un *milagro salvador*.

Pero una vez que hayamos reconocido lo que es justificable en esta opinión, debemos asimismo hacer notar su debilidad. Aquí tenemos un concepto erróneo del Bautismo, de la regeneración, del arrepentimiento, y de la continuidad de la obra que, para la salvación, Dios realiza en el alma humana. Consideremos esto brevemente.

* * *

Cuando ya queda advertido, la verdadera dádiva del Bautismo es la de transferir al individuo la plena salvación que es en Cristo, y Dios nunca revoca esta transferencia de poder. Este aspecto del Bautismo ha sido expresado así: "Ser bautizado significa lo mismo que estar siempre en el lavacro del Bautismo.

Desde el instante de su Bautismo se le transfiere al niño toda la vida cristiana que éste puede recibir o apropiarse. Y la obra de la Palabra viene a ser la de quitar los obstáculos que impidan la transferencia de ese poder al niño y, de esta manera, proveer en él más y más lugar para estos poderes de salvación. En consecuencia, Dios no da más de lo que dio en el Bautismo. En ese tiempo el niño recibió a Cristo. Cosa más grande no puede conceder Dios a los pecadores.

¿Qué sucede, pues, si una persona bautizada apostata de Dios?

Entonces se termina la conexión viva que esta persona tenía. Está sin vida espiritual y por lo tanto muerta y perdida (Lucas 15:24). Pero aunque esta persona se ha apartado de la gracia del Bautismo, la gracia del Bautismo no se ha apartado de ella. Dios nunca retira del que ha sido bautizado el poder que le ha transferido mediante el Bautismo. Pero, después de apostatar, el pecador cierra la puerta de su corazón y de su vida al poder de Dios. No obstante, no puede evitar que la gracia obre en él. Le ha cerrado a la gracia la puerta de su corazón, pero a pesar de esto la gracia continúa obrando para que se arrepienta.

Esto lo hace de varias maneras, valiéndose de la consciencia y de la subconsciencia, la Palabra obra en la vida consciente para producir el avivamiento y el arrepentimiento, y mientras tanto obran continuamente en la subconsciencia las impresiones psicológicas acumuladas allí por los benignos efectos del Bautismo y la Palabra antes de que el individuo se alejase de Dios. Bajo la dirección del Espíritu Santo obran estos impulsos psicológicos subconscientes hacia un encuentro con los efectos conscientes del mensaje de la Palabra al apóstata (Véase la sección que trata de la vida inconsciente).

Ahora bien, ¿Qué sucede cuando esta persona apóstata se arrepiente?

Nada cambia de parte de Dios porque Él no ha retirado nunca los poderes salvadores que transfirió a tal persona cuando fue bautizada; fue el pecador quien mediante su apostasía no quiso aceptarlos. Eso fue lo que ocurrió cuando el individuo cayó en el pecado, y ahora, por medio del arrepentimiento, ocurre un cambio, pero sólo de parte del pecador. Ahora estos poderes salvadores entran de nuevo, sin obstáculo alguno, en el alma y en el cuerpo del que se arrepiente.

¿Qué sucede luego?

Luego estos poderes salvadores producen de nuevo la misma vida que habían efectuado en la hora del Bautismo. En el momento del arrepentimiento se restablecen la conexión y la comunión viva del pecador con Cristo; conexión y comunión que habían terminado. Y la vida de Cristo vuelve al que estaba muerto durante todo el período del enajenamiento.

Entonces, generalmente decimos que el apóstata renació. La idea en esta expresión es correcta, ya que por ella queremos decir que se ha llevado a cabo un milagro salvador en el apóstata, puesto que por medio del poder sobrenatural de Dios ha sido trasladado de muerte a vida. Pero, la expresión no es muy adecuada. En cuanto a la vida física, sólo podemos hablar de un nacimiento la primera vez que una persona recibe vida. Si nace de nuevo, sino que ha resucitado de los muertos, como en el caso de Lázaro y del hijo de la viuda de Naín.

Según esto, la misma forma de expresión sería natural respecto a la vida espiritual. Un individuo que ha renacido una vez; esto es, que ha recibido la vida espiritual pero que la pierde y la recobra; de él no es propio decir que ha renacido otra vez. Antes bien deberíamos decir de él *que ha resucitado de los muertos*.

Esta es, precisamente, la expresión usada en las Escrituras. Las Escrituras nunca hablan de un cristiano apóstata que vuelve a arrepentirse y recibe vida espiritual, como de uno que, en ese tiempo, renace una vez más. Por el contrario, las Escrituras dicen que el arrepentido ha sido levantado de los muertos. **“Despiértate tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo”** (Efesios 5:14). Como es bien sabido, estas palabras se dirigen a los creyentes que han apostatado de la comunión con Dios. De éstos está escrito que para ser salvos tienen que levantarse o ser despertados de entre los muertos. Jesús también dice lo mismo acerca del Hijo Pródigo: **“Este mi hijo muero era, y ha revivido”** (Lucas 15:24).

Por medio de esta terminología bíblica, podemos poner de manifiesto más fácilmente la verdadera relación que existe entre el Bautismo y la Palabra en este punto. Pero aquí no solamente tenemos el concepto erróneo que ya hemos mencionado, esto es, que la Palabra sola es el verdadero medio de la regeneración y que el Bautismo es sólo una parte de la gracia preparatoria. También, muchos de los que sostienen que el Bautismo es un medio de regeneración se confunden en cuanto a la relación que existe entre el Bautismo y la Palabra en lo que respecta a la salvación del apóstata. Ellos creen que tenemos dos distintos medios de regeneración, a saber, el Bautismo y la Palabra, y determinan la relación que existe entre ellos, así: El Bautismo regenera a *todos*, ya que sean bautizados como niños o como adultos; por otra parte, la Palabra regenera únicamente a aquellos que han apostatado de la vida espiritual que recibieron en el Bautismo.

Para comprobar este modo de pensar, citan un número de pasajes de las Escrituras que dicen que la regeneración se efectúa por medio de la Palabra del Evangelio. “**Siendo renacidos . . . por la Palabra de Dios**” (1° Pedro 2:23); “**El de su voluntad nos ha engendrado por la palabra de verdad**” (Santiago 1:18); “**En Cristo Jesús yo os engendré por el evangelio**” (1° Corintios 4:15).

Pero no han entendido bien estas palabras. En primer lugar, ya vimos que las Escrituras no hablan de la regeneración, sino de levantarse de entre los muertos, cuando una persona bautizada vuelve otra vez a la vida espiritual. Luego, las Escrituras hablan de la regeneración únicamente cuando una persona viene a la vida espiritual por primera vez, y esto acontece de acuerdo con las Escrituras por *medio del Bautismo*. (Véase lo que antes dijimos respecto al Bautismo como medio de regeneración en la sección que trata de *La dádiva bautismal de salvación*).

¿Qué quieren decir entonces las Escrituras cuando hablan de la regeneración por medio de la Palabra del Evangelio?

En primer lugar, observamos que no se trata de ninguna otra regeneración que la que ocurre cuando la persona es bautizada, ya que las Escrituras sólo enseñan esta regeneración, la cual se efectúa precisamente por medio de la Palabra. Porque sin la palabra el Bautismo sería sólo agua.

En segundo lugar, observamos cómo se crean dificultades al interpretar mal las Escrituras; a saber, cuando nos hacemos esclavos de la letra de las Escrituras y nos apartamos de su Espíritu. Cuando Santiago, Pedro o Pablo dicen que los lectores son regenerados por la Palabra, tal parece que alguien al leer quiere añadir: “y no por el Bautismo”. Entonces comienza la dificultad. Para los apóstoles, al contrario, no había ninguna dificultad respecto a la relación que existe entre el Bautismo y la Palabra. Esto lo podemos ver con toda claridad en sus escritos. Estos tratan de muchos problemas difíciles para beneficio de sus lectores, pero nunca discuten este asunto, de lo cual podemos concluir que a ellos nos les causaba ninguna dificultad.

El ser regenerado por la Palabra y regenerado por medio del Bautismo constituye para los apóstoles, una misma cosa, sólo que se mira desde diferentes puntos de vista y se expresa en forma distinta. Debemos acostumbrarnos al hecho de que los apóstoles tratan de cierto

aspecto del asunto que les interesa en cierta conexión, sin mencionar otros aspectos del mismo que ya han tratado en otras ocasiones.

Para los apóstoles es de por sí evidente que *la Palabra y el Bautismo obran juntos*. La Palabra engendra fe (Romanos 10:17), pero la fe no se edifica en el aire. La fe es fe en el Evangelio (Marcos 1:15). Pero el Evangelio no es algo diferente del Bautismo. El Evangelio también contiene las palabras de Jesús acerca del Bautismo; por tanto, nadie puede creer el Evangelio sin buscar inmediatamente el Bautismo (Véase Hechos 2:41). Desear y recibir el Bautismo viene a ser según esto el primer testimonio de que el Evangelio ha engendrado fe.

Como resultado de esto, en el Nuevo Testamento no se consideran el Bautismo y la Palabra como cosas opuestas, sino, antes bien, como cosas íntimamente ligadas. El Bautismo es parte del Evangelio, parte de las Buenas Nuevas. Por tal razón, los apóstoles pueden decir que somos reengendrados por la Palabra, especialmente en lugares en donde, de acuerdo con el contexto, no están interesados en separar ni hablar individualmente de las partes empleadas por el Evangelio de Cristo. Al contrario, siempre que desean, de acuerdo con el contexto, dar expresión a la naturaleza y efecto peculiares del Bautismo, dicen que Cristo ha juntado la obra regeneradora y salvadora del Espíritu al lavacro del Bautismo. (Véase la sección anterior respecto a *La dádiva bautismal de salvación*).

* * *

Antes de dejar esta sección, trataré de ilustrar la relación que existe entre el Bautismo y la Palabra por medio de una comparación tomada del campo de la electricidad.

Desde la estación de energía eléctrica se extiende un alambre que llega hasta nuestra casa. Tan pronto como se instala el alambre y se pone la corriente, sólo se trata de si los contactos están en orden en la casa. Si lo están, la energía efectúa todo su trabajo : produce luz y calor, y hace posible cocinar, lavar, secar y planchar en forma moderna.

Si de alguna manera se descomponen los contactos, la energía inmediatamente deja de funcionar y todo queda inerte. No obstante, el alambre que llega hasta la casa no ha perdido su electricidad y sigue activa la instalación que produce la energía. Para hacer las reparaciones, la empresa no pone un nuevo alambre hasta la casa, sino simplemente arregla el contacto interrumpido. La corriente sigue su curso acostumbrando en la casa y hace el mismo trabajo que antes.

La comparación es muy material, pero permítaseme que la use.

En el momento en que el niño fue bautizado, Dios extendió el alambre hasta llegar al alma del pequeñuelo. Desde ese momento la “energía está puesta”. Y produce en el niño todo lo que éste puede recibir por medio de los “contactos” que tenga. La Palabra se encargará de que haya más y más “contactos” en el alma del niño para que este reciba y utilice toda la energía a que tiene acceso por medio del Bautismo.

Ahora bien, cuando una persona bautizada apostata de Dios, nada cambia en la “instalación”. La energía funciona como antes; lo único que ha sido destruido es el contacto en el alma. Se han apagado las luces y ha cesado toda actividad de vida espiritual.

Cuando una persona apóstata es avivada y llevada al arrepentimiento, ningún cambio se efectúa en la “instalación” ni en la cantidad de la energía; esto queda exactamente lo mismo que antes. El cambio efectuado durante el arrepentimiento ocurre única y exclusivamente en lo interno de la persona; el contacto se pone en orden otra vez. La viva conexión con Cristo se restablece; inmediatamente hay otra vez luz y calor en el alma. Y la actividad de la nueva vida es exactamente igual que antes de la caída.

OBSERVACIONES SOBRE LA APOSTASÍA

por el Rvdo A. C. Morck

Realmente sobre decir que el creyente puede apostatar de Dios. Pero debido a que algunos de los que se oponen al bautismo de niños enseñan que un verdadero creyente en Cristo no puede apostatar, conviene citar aquí algunos pasajes bíblicos que demuestran inequívocamente que un creyente en Cristo puede apostatar. Los más sobresalientes son Hebreos 6:4-8 y 10:21-31 y 1) Timoteo 4:1.

Pero antes de comentar sobre estos pasajes, advertiremos que estas personas, por lo general, basan su opinión erróneamente en pasajes aislados, tales como Juan 10:28-29, donde Jesús dice: **“Yo les doy vida eterna y no perecerán para siempre, ni nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre me las dio, mayor que todos es y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre”**. La verdad es que estas palabras de Jesús son una de las más consoladoras en toda la Biblia, y como las de Romanos 8:35-39, nos aseguran sin sombra de duda que no hay nada ni nadie que nos pueda apartar de Dios. Queremos precisamente acentuar cuán seguro y tranquilo se halla todo aquel que cree en Cristo, pues Cristo lo ha escogido y destinado para la vida eterna. Sin embargo, no hay nada en estas promesas inalterables que esté en pugna con la verdad bíblica de que Dios no salva al pecador contra la voluntad de éste (Mateo 23:27; Hebreos 4:6), ya que hay abundantes pruebas de que el hombre es capaz de resistir la gracia de Dios mediante la desobediencia, la incredulidad y la obstinación. Pero también es cierto que el hombre, después de haber creído, puede volver a desobedecer a Dios, y hasta **apostatar irremediamente. Esto lo evidencian los pasajes de Hebreos, capítulos 6 y 10 : “Es imposible que los que una vez fueron iluminados y gustaron el don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo y asimismo gustaron la buena palabra de Dios, y las virtudes del siglo venidero y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismo al Hijo de Dios, y exponiéndole a vituperio”** (Hebreos 6:4-6); **“Si pecáremos voluntariamente después de haber recibido el conocimiento de la verdad, ya no queda sacrificio por el pecado, sino una horrenda esperanza de juicio, y hervor de fuego que ha de devorar a los adversarios. El que menosprecia la ley de Moisés por el testimonio de dos o tres testigos muere sin ninguna misericordia. ¿Cuántos pensáis que será más digno de mayor castigo, el que hollare al Hijo de Dios, y tuviere por inmunda la sangre del**

testamento, en el cual fue santificado, e hiciere afrenta al Espíritu de gracia? (Hebreos 10:26-29).

Notemos bien el contexto, el hecho de que esta Epístola a los Hebreos se dirige a los cristianos que están en peligro de descuidar de la Palabra y su fe en ella y apostatar de Cristo, volviéndose al judaísmo. Además, es cierto que aquellos a quienes se refieren estas citas habían estado en viva comunión con Dios, “iluminados” y “partícipes del Espíritu Santo”, etc., y que a pesar de esto, “recayeron” irremediamente hasta serles imposible el arrepentimiento. Es decir, habían cometido “el pecado contra el Espíritu Santo (1º Juan 5”16-27; Mateo 12:31-32).

Aunque es posible de este modo apostatar irremediamente, es claro que el apóstata de que se trata en la sección anterior, no ha llevado su rebelión hasta tal extremo, ya que es nuestro deseo que vuelva al arrepentimiento y la fe.

EL BAUTISMO Y LA PALABRA

1. ¿Qué sucede si una persona bautizada apostata de Dios?
2. ¿Qué expresión usan las Escrituras para indicar lo que pasa en la vida de un cristiano apóstata que vuelve a arrepentirse y recibe vida espiritual?
3. Cuando la Biblia habla de la regeneración, ¿a cuáles personas se refiere?
4. Explique lo que significan las palabras del autor cuando dice “El Nuevo Testamento no considera el Bautismo y la Palabra como cosas opuestas, sino, antes bien, como cosas íntimamente ligadas”.
5. Explique cómo la ilustración de la energía eléctrica se puede aplicar a una persona que ha apostatado de Dios.
6. Cite unos pasajes Bíblicos que enseñan que un creyente en Cristo puede apostatar de la fe.

Capítulo V

SU IMPORTANCIA EN LA PREDICACIÓN

Después de este estudio de la relación que existe entre la Palabra y el Bautismo en lo que respecta a la obra de gracia que producen en el hombre, anotaremos, por último, lo importante que es para nuestra predicación y nuestra obra pastoral presentar con diligencia estas verdades.

En cuanto al avivamiento

Ahora bien, no es difícil ver que estos pensamientos se adueñarán fácilmente del alma y la harán reflexionar. En tanto que la vida espiritual aparezca a la persona que no es salva como algo distante, extraño y prácticamente inasequible, continuará con más facilidad en su vida pecaminosa sin sentir la menor inquietud. Pero si, por el contrario, principia a ver que tuvo vida, la vida con Dios dejará de ser para él algo distante y extraño. Se manifestarán los recuerdos de su niñez cristiana recuerdos que tienen un poder atractivo y peculiar porque conmueven los sentimientos en la misma forma que en los días felices de la niñez. De este modo, el pecador empieza a sentir más efectivamente que su vida mundana y alejada de Dios es algo extraño.

Además, si el pecador llega a ver lo que antes poseía, fácilmente descubrirá lo que perdió, y sentirá cuán vacía es su vida sin Dios. Se despertarán entonces anhelos de santidad y en esta forma la consciencia ganará un poderoso aliado en el alma del pecador.

Pero, sobre todo, nunca se quebrantará con más facilidad la enemistad que la voluntad del pecador tiene contra Dios, como cuando se da cuenta de la misericordia de Dios en la gracia del Bautismo; a saber, que el pecador nunca puede cambiar lo que Dios otorga en el pacto del Bautismo. Con todo su pecado no puede alterar la transferencia de poder divino comenzada en el Bautismo. Con toda su obstinación no puede cambiar el benévolo propósito que Dios tiene de buscar al pecador en todo momento e influir en él, bien que el pecador lo entienda o no, lo desee o no lo desee.

El tierno cuidado de Dios y su paciente perseverancia para con el pecador en la vida terca y frívola que éste lleva, vencerán al pecador con más seguridad que cualquier otra cosa y harán que abandone esa vida tan amarga, onerosa e insoportable.

En cuanto al arrepentimiento

Si la predicación del Evangelio en lo que se refiere a la gracia de Dios en el Bautismo es de importancia para el avivamiento del hombre, también es importante para su arrepentimiento. En primer lugar, lo estimulará a que acuda a Cristo, ya que le hace reconocer su pecado y produce hondos anhelos por aquella paz que poseía durante su niñez.

En segundo lugar, tal predicación simplificará mucho esta transición para el pecador, lo que es de gran importancia en este tiempo cuando todo le parece tan imposible. ¿Cómo puede él llegar a ser un hombre diferente y alejarse de su antigua vida de pecado? Ahora

aprende que sólo el poder de Dios puede cambiar su ser. Pero, ¿cómo le alcanzará el poder divino? ¡Qué dicha! ¡Los “alambres de energía” han estado en orden desde el momento de su bautismo! EL pecador rompió el “contacto” cuando apostató de Dios. Pero ahora por medio del arrepentimiento el poder de Dios llega nuevamente a su postrada alma y la hace revivir.

En cuanto a la fe

Este concepto del Bautismo no es de menos importancia para la fe. La mayor dificultad que encuentra el alma sincera y avivada es la de creer las promesas de Dios. No duda de que las promesas de Dios son verdaderas, pero piensa que nunca son aplicables a él, porque siempre descubre algo en su ser que hace que le sean inaplicables, aunque sean aplicables a todos los demás, No se puede negar que hay algo general acerca de las promesas; hablan a todos, y no se dirigen muy claramente al individuo, por lo menos, así le parece al alma atribulada.

En este respecto el Bautismo ocupa una posición peculiar.

El bautismo es gracia individualizada. Es la expresión más clara del amor de Dios para el individuo. Las promesas de Dios no se dirigen al individuo solo, sino a todos en general. EL Bautismo, por el contrario, es un acto visible que Dios efectúa en el individuo. Cuando fui bautizado, Dios ejecutó el acto en mí y no se relacionó con ninguna otra persona, sino conmigo. Para prestar mayor ayuda al pecador, Dios vino a su encuentro no sólo con *palabras* dirigidas a él como individuo, sino con un acto. Y este acto, ejecutado al principio de nuestra vida, debe servirnos de eterno testimonio de que Dios nos ha concedido su gracia una vez para siempre y que jamás la apartará de nosotros. SI en alguna ocasión le cerramos la puerta a esa gracia por medio de la apostasía, la podemos recibir nuevamente, mediante el arrepentimiento y la fe.

SU IMPORTANCIA EN LA PREDICACIÓN

1. ¿Es verdadero o falso el argumento de que si una persona bautizada que se ha apartado de Dios y luego llega a verlo que antes poseía, fácilmente descubrirá lo que perdió y sentirá cuán vacía es su vida sin Dios?
2. ¿Qué produce la predicación del Evangelio en la vida de una persona que se ha alejado de Dios?
3. ¿Qué quiere decir el autor con la frase “El Bautismo es gracia individualizada”?

Apéndice

¿Cómo se debe bautizar?

Rvdo. Viesturs Pavasars B., M. Th.

Una de las grandes controversias entre las distintas Iglesias Cristianas es la referente a cuándo uno puede ser bautizado y del modo de aplicarse las aguas bautismales. El Dr. Hallesby ha demostrado de manera magistral que según la Biblia, el Bautismo es obra de Dios y que por lo tanto los niños pueden y deben ser bautizados. Yo voy a tratar brevemente la segunda parte de este problema – el modo de bautizar.

Para comenzar, hay que tener en cuenta que la palabra griega baptizw (bautizar) significa “sumergir o mojar”, no asperjar o rociar” y que la palabra baptisma (bautismo) significa :sumersión: no aspersión”. la práctica de bautizar o sumergir ritualmente en el agua era conocida tanto en el mundo judío como en el griego. En ambas tradiciones este rito religioso estaba relacionado con lavamientos especiales. Uno no puede lavar (purificar) sus manos si no las moja (las sumerge en agua o deja que el agua corra por encima de ellas). Uno no puede lavar todo su cuerpo si no la moja completamente sea en un río o en una ducha. Para evitar cualquier confusión dondequiera que aparece la palabra baptizw (bautizar) en griego del Nuevo Testamento se debe traducirla como “sumergir: y baptisma (bautismo) como “sumersión” o “inmersión”. Manteniendo esta aclaración como fondo vamos a considerar algunos textos bíblicos claves que tratan del Bautismo.

El Nuevo Testamento empieza la historia del ministerio de Jesucristo con la obra de su precursor – Juan. Su mensaje del Juicio de Dios y llamamiento al arrepentimiento eran tan poderosos que muchísima gente acudió a él para ser limpiados de sus pecados. El lo hizo mediante el bautismo. Tal fue su éxito que le dieron el apodo “el Bautista” (“el Sumergidor”). Según su propio testimonio, él se consideraba como aquel que preparaba el camino para el Señor. Por eso el sentido del bautismo (sumersión en el agua) también era algo preparatorio. Si se traduce la palabra baptizw de su testimonio éste reza así :

Yo a la verdad os sumerjo en agua para arrepentimiento; pero el que viene tras mi, cuyo calzado yo no soy digno de llevar, es más poderosos que yo; él os sumergirá en el Espíritu Santo y fuego. San Mateo 3:11.

Jesús fue el único que recibió el Espíritu Santo cuando fue sumergido en el agua por Juan. Por eso esta experiencia pudo servirle como señal de que Él bautizaría (sumergiría) en el Espíritu Santo (San Juan 1:31-34). EL bautismo de Juan se asemejaba mucho a los ritos de purificación de los judíos. La gran diferencia era que éste debía ser la purificación final antes de la llegada del Mesías y el comienzo del Reino de Dios.

Jesús no bautizó (sumergió en agua) a nadie (San Juan 4:1-2). El no había venido para hacerlo. Además no quería que su obra fuer confundida con la de Juan. Para que él empezara a bautizar tenía que pasar por la muerte, resurrección y ascensión (San Juan 7:39). Jesús refirió esta experiencia como un bautismo (San Marcos 10:38-39). La crucifixión entonces, es un verdadero bautismo, pero es obvio que Él no fue sumergido en agua sino en el sufrimiento por todos nosotros. Uno puede decir que en este momento él

fue sumergido en toda la miseria y pecado del mundo. Traduciendo la frase correspondiente, ésta reza así : “**. . . en la inmersión en que yo soy sumergido seréis sumergidos**” (vs. 39). Esta frase no debe ser interpretada en un sentido simbólico o alegórico sino real – ser unido a Cristo crucificado y resucitado. En este sentido lo interpreta San Pablo en Gálatas 2:020.

Con Cristo estoy juntamente crucificado y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí.

El seguir y vivir con Cristo puede llevarnos a dar nuestra vida por Él. Jesús llamó la atención de estos discípulos a esta realidad. Las expresiones de San Mateo 3:11 y San Marcos 10:39 le dan un sentido más variado a la palabra “Bautizar” que puede referirse a ser sumergido en agua, Espíritu o sufrimiento por causa de Cristo.

Antes de su ascensión Jesús dijo a los discípulos :

Yo enviaré la promesa de mi Padre sobre vosotros. San Lucas 24:49

Juan ciertamente sumergió en agua, mas vosotros seréis sumergidos en el Espíritu Santo. Hechos 1:5

El Padre promete darles el Espíritu Santo y Jesús se lo envía a sus discípulos. Jesús estaba por empezar su ministerio de bautizar, pero sumergiéndolos en el Espíritu Santo, no en el agua. Eso sucedió el día de Pentecostés. Hasta esa fecha el Bautismo de Juan era la norma (sumergir en el agua), a partir de entonces impera el de Jesús (sumergir en el Espíritu Santo). Jesús envió a sus discípulos para anunciar la nueva era con este mensaje :

Id y haced discípulos a todas las naciones bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Mateo 28:20.

Traduciendo la parte pertinente, ésta reza: “**Sumergiéndolos en el nombre del . . .**” Para Juan lo más importante después del arrepentimiento era ser sumergidos en el agua ; para Jesús – *ser sumergidos en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo*. El bautismo de Juan era preparatorio y lo hacía en espera de la venida de Dios; el de Jesús – la realización de estar unido con Dios. Este cambio nos eleva desde la creación al Creador mismo. Eso no significa que a partir de entonces la parte creada (el agua) no tenga ninguna importancia, sino que enfatiza *la acción del Creador a través de lo creado*. Si se pierde este sentido ya no se puede hablar de bautismo cristiano (el de Jesús) sino de Juan.

En este sentido transformado del Bautismo se nota en las Epístolas de San Pablo. Por ejemplo:

. . . hemos sido bautizados (sumergidos) en Cristo Jesús (Romanos 6:3)

¿Cómo puede uno por su propia acción sumergirse en Él? La forma gramatical⁴ indica que uno mismo no lo hace por sus propios esfuerzos sino que otro lo hizo uniéndolo a Cristo. Pero ¿quién? Encontramos la respuesta en 1º Corintios 12:13 :

Por un solo Espíritu fuimos todos bautizados (sumergidos) en un cuerpo.

⁴ “*hemos sido bautizados*” está en voz pasiva que indica que alguien permanece quieto mientras otro actúa en beneficio o perjuicio de él. Eso es parecido a lo que dice el Salmo 46:10 : “*Estad quietos y conoced que yo soy Dios.*”

Según el contexto, claramente podemos ver que la palabra “cuerpo” se refiere a la expresión visible de Cristo en este mundo – la iglesia. El Espíritu Santo nos une a Cristo. La situación, entonces, es la siguiente : Jesucristo no da su Espíritu Santo sumergiéndonos (bautizándonos) en Él quien a su vez nos une sumergiéndonos (bautizándonos) en Cristo crucificado y resucitado. La dádiva del Espíritu es precisamente lo que separa el Bautismo de Juan del de Jesús.

La experiencia de los 12 discípulos de Éfeso es muy indicativa de esta verdad (Hechos 19:1-7). Ellos habían sido bautizados (sumergidos) tal como lo hacía Juan el Bautista. San Pablo les enseñó el Evangelio completo que incluía la obra del Espíritu Santo. Entonces ellos “fueron bautizados (sumergidos) en el nombre del Señor Jesús”; fueron unidos a Cristo, y el Espíritu vino sobre ellos mediante la imposición de manos.

Es cierto que en la Iglesia Antigua el modo más generalizado y preferido para el bautismo era por inmersión en el agua. Sin embargo, eso no significa que este era el único modo de hacerlo. Existen varios escritos de la primera parte del Siglo II que se llaman “Padres Apostólicos”. Ellos llevan este nombre porque interpretan muy bien el mensaje Apostólico. Uno de estos escritos es “*El Didajé*” (La Enseñanza de los 12 Apóstoles en el cual se dice muy claramente :

Bautiza en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo en agua corriente, pero si no tienes agua corriente entonces bautiza en otra agua; si no puedes hacerlo en agua fría entonces hazlo en agua tibia, pero si no tienes ni el uno ni el otro entonces derrama el agua sobre la cabeza tres veces en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. *Didajé* 7:1-3

Esta cita nos hace ver muy claramente que para la Iglesia Antigua lo más importante no era la cantidad de agua sino la invocación del Dios Trino, como Jesús había enseñado. El papel del agua está reducido a un plano secundario aunque sigue siendo necesaria. EL agua no nos puede unir con Cristo, esta es la obra del Espíritu Santo quien la usa únicamente como instrumento. En las manos creadores de Dios no importa la cantidad de agua que se utilice – puede ser mucha o poca. Así como Jesús pudo alimentar a 5.000 hombres con unos pocos panecillos (San Lucas 9:10-17), también puede usar poco agua para sumergirnos en el Espíritu Santo. En sus manos lo poco es mucho. Insistir en cierto modo de bautizar o en la cantidad de agua que hay que usar para que el bautismo surta efecto es un error muy serio. Jesús no dijo : “sumergiéndolos en mucho agua” sino “sumergiéndolos en el Nombre de . . .” Este Nombre hace que el Bautismo sea verdaderamente cristiano, es decir de Jesús . . . Insistir en la cantidad de agua nos devuelve al bautismo de Juan, pero lo más importante es ser sumergidos en el Espíritu Santo para que vivan en y con Cristo. El agua toca y limpia únicamente la piel, no puede alcanzar el alma para quitar los pecados. Solo el Espíritu Santo puede alcanzar lo más profundo de nuestra alma para hacernos vivir en Cristo. Eso es lo que Jesús nos da en el Santo Bautismo – usando el agua (mucha o poca) nos sumerge en el Espíritu Santo.

Durante los últimos siglos han surgido muchas sectas que practican el Bautismo pero no reconocen el valor del bautismo de otros grupos que también se llaman cristianos. Se han

dado casos de personas que han sido bautizado tres y aún más veces. Por eso debemos tratar la cuestión de cuál bautismo es válido. En realidad ésta no es la mejor manera de formular el problema. El concepto de validez tiene que ver con documentos oficiales, contratos vigentes y autoridad para celebrarlos. Aunque uno puede usar esta terminología, ésta no es la más adecuada porque no alcanza la profundidad del sentido del Bautismo. Es mucho mejor usar el término :eficacia” porque este concepto es más dinámico y transmite la idea de acción y poder. ¿El Bautismo es o no es eficaz? ¿Es capaz de efectuar lo que promete el que está bautizando o no? ¿De quién depende la eficacia del Bautismo – de Dios o del hombre?

En la Iglesia Antigua nadie jamás cuestionó el origen divino del Bautismo y su poder regenerador por medio del cual Dios perdonaba los pecados y hacia al recién bautizado miembro del Cuerpo de Cristo (la Iglesia). Las controversias acerca del Bautismo más bien giraban alrededor de tres preguntas básicas :

1. ¿Puede haber perdón para los pecados graves cometidos después del Bautismo?
2. ¿Alguien que no lleva una vida santa e impecable puede conferir el Bautismo?
3. ¿Es cristiano el Bautismo administrado por una secta herética, es decir, una secta que se llama cristiana pero no enseña correctamente acerca de la Santísima Trinidad y de Cristo?

Trataremos estas preguntas una por una.

Primero. Algunos como Tertuliano eran muy rigoristas y negaban el perdón de pecados serios (como el adulterio) después del Bautismo. Solo por medio del Bautismo de Sangre (el martirio) podían ser borrados estos pecados. Esta era la razón por la cual él recomendaba posponer el bautismo hasta una edad madura. Su argumento era ¿cómo sabes tú que no vas a caer y que podrás mantenerte puro después del Bautismo? Esta posición no prevaleció pues la mayor parte de los teólogos y obispos enfatizó ;a gracia y la misericordia de Dios en su trato con nosotros. Por eso apareció la expresión **el perdón de los pecados** en el Tercer Artículo del Credo Apostólico. Es significativo que este Artículo hable del Espíritu Santo pues Él nos convence del pecado y nos lleva al arrepentimiento y a renunciar a la vida pecaminosa hacia la cual nos habíamos desviado después del Bautismo. En otras palabras, hay un solo Bautismo y el arrepentimiento es el camino que se debe seguir para poder permanecer en este perdón. Esta misma confesión aparece también en el Tercer Artículo del Credo Niceno: **confieso que hay un solo Bautismo para el perdón de los pecados**. En el sentido práctico del mundo moderno es obvio que muchísimos han sido bautizados siendo niños pero viven como si nunca hubieran recibido esta expresión del amor de Dios. Desde luego, hay que hacer el llamamiento al arrepentimiento y para que vivan con Cristo nuevamente. Así el Bautismo recibido una vez para siempre volverá a ser efectivo en su vida diaria. El Dr. Hallesby trata muy bien este problema en el Capítulo III, Sección 4 “Conversión del Apóstata”. Es indispensable que el que ha sido bautizado y se ha desviado de la vida con Cristo se convierta y empiece su vida nuevamente con el Salvador.

Segundo. Para poder responder la segunda pregunta hay que tener en cuenta una pregunta aún más fundamental : ¿De quiénes el Bautismo? - ¿de Dios? o ¿de hombres? Otra vez, en la Iglesia Antigua nadie enseñaba que el Bautismo era de hombres, sino una acción salvadora de Dios. Sin embargo eso no evitó el problema de la santidad personalde quien

bautizaba. Es muy lógico pensar que Dios se expresa más a través de los que se han apartado del pecado y viven en comunión continúa con Él. Por lo tanto, todo lo que tocan lleva el toque de Dios mismo. Este modo de pensar toma muy en serio el llamamiento de Dios a una vida verdaderamente dedicada y consagrada a Él – una vida de oración, amor, testimonio personal, etc. En otras palabras, se espera que lleve los frutos del Espíritu Santo. Cuando se relaciona este modo de pensar con el Bautismo se llega a la conclusión de que el Bautismo administrado por alguien que no ha logrado el mismo grado de santidad, Uno puede escuchar comentarios como: “Yo fui bautizado por fulano que quien es un hombre verdaderamente lleno del Espíritu.” De allá también sale la pregunta: Si después encuentro a una persona que **yo** considero más lleno del Espíritu o mas consagrado ¿debo ser bautizado nuevamente para llegar a ser más espiritual? Todas estas ideas y actitudes ligan la promesa de Dios y su deseo de salvar con cierta persona humana. No obstante Dios salva a todos por igual y su venida no depende de la vida espiritual personal de quien bautiza. El Bautismo es la expresión más completa de esta voluntad divina. Una variación de esta misma idea liga la eficacia del Bautismo con los que llevan un grado mayor de la jerarquía eclesiástica – el bautismo administrado por un obispo es más eficaz que el de un simple sacerdote y el del papa es el mejor de todos. La persona especialmente designada para esta acción debe administrarlo durante el culto para mantener buen orden en la Iglesia pero la eficacia del Bautismo no depende ni del lugar ni de la persona que lo administra.

Tercero. La última pregunta hace referencia a la enseñanza fundamental de la fe cristiana : ¿quién es Jesús? ¿qué es la Santísima Trinidad? Tanto el maestro como el predicador a través de la enseñanza es un puente entre los oyentes y Dios. Esta enseñanza une por la fe la persona con Aquel de quien da testimonio e invita para que crea en Él. Uno puede usar el nombre de Jesús pero darle un sentido muy equivocado. El Apóstol San Pablo se enfrentó con este mismo problema : **“Si viene alguno predicando a otro Jesús que el que os hemos predicado, o si recibís otro espíritu que el que habéis recibido, u otro evangelio que el que habéis aceptado . . .”** (2º Corintios 11:4). Claramente él se apartaba de estos falsos maestros y amonestaba a los corintios a hacer lo mismo. Si uno niega la Trinidad y su enseñanza, el Bautismo va a reflejar esa negación. Una de las funciones del Credo en la Iglesia Antigua era precisamente su uso como la confesión de la fe durante el Bautismo. El Bautismo es la expresión visible de la unión del bautizado con Aquel a quien ha confesado. Tanto el adulto como el niño están unidos con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Si uno niega la Trinidad ¿cómo puede ser unido a Ella mediante su Bautismo? SI uno fue bautizada *únicamente* en una secta como los Testigos de Jehová, debe ser bautizada correctamente, pues este bautismo *no lo unió con* el Padre, Hijo y Espíritu Santo. Este bautismo no puede ser considerado cristiano. San Pablo bautizó a los discípulos de Éfeso por que lo que habían recibido antes no era el Bautismo Cristiano. En cambio, sí alguien fue bautizado en una iglesia que confiesa la Santísima Trinidad, no debe ser rebautizado. El debe ser recibido mediante el arrepentimiento y confesión de la fe solamente.

1. ¿Qué significa la palabra “Bautizar”
2. Explique la diferencia entre el Bautismo de Juan y el de Jesús?

3. ¿Influye la cantidad de agua en la eficacia y validez del Bautismo?
4. Si por medio del Bautismo Dios perdona todos los pecados y hay “un solo Bautismo para el perdón de los pecados” entonces ¿cómo pueden ser perdonados los pecados cometidos después del bautismo?
5. ¿Es mejor el Bautismo administrado por un hombre muy santo que el administrado por alguien que no muestra muchas marcas de santidad? ¿por qué sí? o ¿por qué no?
6. ¿Influye la jerarquía eclesiástica en la validez del Bautismo?
7. ¿Quiénes deben ser rebautizados? ¿por qué?